



Primera Antología De La Ciencia- Ficción Latinoamericana

Comentario [LT1]:

Oscar Acosta

Manuel Herrera

José Adolph

Juan Luis Herrero

Eugenio Alarco

Álvaro Menén Desleal

Ángel Arango

Antonio Olinto

René Avilés Fabila

Pablo Palacio

Alberto Cañar

Germán Pinilla

Clóvis García

René Rebetez

Orlando Henriquez

Alicia Suarez

Primera Antología De La Ciencia-Ficción Latinoamericana



Después del éxito cada vez mayor de la nueva narrativa latinoamericana en el mundo entero, no puede dejar de asombrarnos que –hasta hoy– se haya dejado de lado, casi como un continente perdido dentro de la literatura del continente, la originalísima ciencia-ficción escrita, muchas veces aisladamente, sin contacto unos con otros, por jóvenes escritores de nuestras tierras. Esta Primera antología de la ciencia-ficción latinoamericana viene a cubrir ese vacío. Al leerla, junto con el asombro de descubrir tantos valiosos escritores nuevos de tantos países hermanos, no podrá dejar de sorprendernos también –aún tratándose de este género– que René Avilés Fabila se haya anticipado en años a la absurda guerra entre El Salvador y Honduras por un partido de fútbol (1), o que Emilio Alarco previera también, muchos años antes, el actual auge del trasplante de órganos. Y aún hay más sorpresas.

ÍNDICE

ARGENTINA

Samantha, por Alicia Suárez

BRASIL

El paraíso perdido, por Clóvis García

El niño y la máquina, por Antonio Olinto

COLOMBIA

Rocky Lunario, por René Rebetez

COSTA RICA

El planeta de los perros, por Alberto Cañas

CUBA

El planeta negro, por Ángel Arango

El pirotécnico Li-Shiao, por Manuel Herrera

No me acaricies, venusino, por Juan Luis Herrero

Las montañas, los barcos y los ríos del cielo, por Germán Pinilla

ECUADOR

La doble y única mujer, por Pablo Palacio

EL SALVADOR

Misión cumplida por Alvaro Menén Desleal

El hombre y su sombra, por Alvaro Menén Desleal

HONDURAS

La búsqueda, por Oscar Acosta

El regresivo, por Oscar Acosta

Nacimiento último por Orlando Henríquez

MÉXICO

Hacia el fin del mundo, por René Avilés Fabila

PERÚ

Tesis por José Adolph

La magia de los mundos, por Eugenio Alarco

Alicia Suárez

SAMANTHA

"Savia joven en sus venas y calor en sus entrañas..."

La voz se había amalgamado con el viento. Había sido un susurro suave y misterioso. Antes del sueño, sólo un instante antes, el hombre ha traído el líquido verde, translúcido.

–Bebe.

Samantha ha estado mirando la noche. Ha percibido el insondable desasosiego que produce la negrura, en el silencio, tras los cristales. Ha abierto la ventana entonces.

El fresco aliento de la brisa roza la piel de los hombros, estremece su garganta. La brisa lleva el aroma de la flor, la corteza y los pastos húmedos. Y el olor de cosas ancestrales. El olor del polvo de las ruinas, del brote primigenio.

Samantha no conoce el olor del Tiempo.

¿Qué sensación es aquella que ha cruzado las vastedades de todos los mundos para latir en sus entrañas?

Despertó repentinamente y se prendieron sus pupilas a aquellas otras profundas pupilas brillantes de triunfo.

Era la media tarde.

–Leonard...

Ella tenía ojos dorados. Los descubrió de pronto tan dorados como la tarde en que se habían encontrado bajo el sol y él había advertido que no eran verdes, sino del color del oro.

"¿Recuerdas... recuerdas ese atardecer..?"

No, aún no. Aún no.

–Leonard.

–Todo está bien ahora, querida. Dime como te sientes.

–Bien. Me siento maravillosamente bien. ¿Qué ha sucedido? Oh, Leonard... abre la ventana, quieres?

El hombre caminó hacia el amplio ventanal y dejó que la esencia de la tarde perfumada penetrara en el cuarto. Después observó el rostro de la mujer; las tersas mejillas arreboladas, la boca-capullo, rosada, perfecta.

–¿Sientes la fragancia de los azahares, Samantha? Han florecido los naranjos... Has estado inconsciente un largo tiempo; cuando aún no había flores en las copas de los naranjos. Ahora... ahora yo te hablaré de ella. Hablaré de su cuerpo como el tuyo, de sus ojos embriagados de sol. Pronto, pronto será tan perfecta como una mujer. Y yo diré: toma, tómala Samantha, es para tí.

–Sí, recuerdo. Quiero verla, Leonard. Quiero...

–Iremos caminando por los campos primero. Sólo caminaremos sin dirigirnos hacia ningún lugar. Has permanecido allí quieta y en silencio. Has estado tan quieta, Samantha... Todo está aguardándote. Tu vestido, te pondrás tu vestido blanco...

–¿Vestido blanco?

–Hay un vestido para tí. Te verás bonita.

Dejando atrás la casa con sus recovecos frescos y silentes, y el perfume de los primeros

capullos abiertos junto a las paredes blancas, se extendía el fecundo océano tierra siena ramificándose en polvorientos senderos semicubiertos de hierbas, desgajándose en madre selvas y rosas silvestres, desangrando gota a gota su savia preciosa en racimos morados, henchidos, brillantes.

Ellos avanzaban por el camino, los pies descalzos como un ritual de la primavera, las manos unidas, latiendo las palmas calientes. El albo vestido se había enojado con la verde sangre de los tallos jóvenes, con el trémulo desgarró de los pétalos rosados, amarillos, escarlata. Un fruto pequeño, tierno corazón del crepúsculo lila, dejó tres manchas del color del vino y Samantha, Proserpina pálida de la media noche, emergida de mil párpados quietos, mil rojos segundos latiendo en las tinieblas, despojóse de la túnica vestal y se hundió en la fragante alfombra florida. De pie en lo alto de la colina, Leonard la vio ascender, los largos muslos elásticos hendiendo el aire, el sol último centelleando en los cabellos. Allí, el aire golpeando el rostro, el torso del hombre y su cuello y sus brazos. La brisa perfumada de naranjos y jazmines, perfumada de madera y mar y follaje y muros y raíces. La brisa sabiendo a duraznos roza las manos de Samantha; acaricia su pecho, aletea en su cintura.

Un susurro, un leve deshojar de la boca-capullo.

—Es la esencia del estío.

—Sí, el verano ya está en el aire, Samantha.

Leonard tomó su mano y descendieron lentamente.

Llegaron al gran taller con el cielo oscurecido y los susurrantes árboles atrás, desdoblándose en sombras afiladas. La puerta ancha, sólida como el portal de una fortaleza, se echó hacia un lado y los oídos se aguzaron instintivamente para acusar el chirrido. Leonard movió su brazo. Junto a la pared, mágicamente, lo elevó y la luz se esparció de pronto; y pareció que hubiese tardado cinco segundos más en llegar a los rincones.

—Oh... —dijo Samantha.

Allí estaban los cromos y los aceros azules. Las ruedas enormes y pequeñas, las ruedas dentadas, lisas, sencillas, extrañas. Los cables blancos, rojos, negros, amarillos. Y los frascos, los frascos de cristal y los tubos conteniendo líquidos y cosas desconocidas. Y estaban los muebles con los misterios tras sus puertas.

—¿Ha estado aquí... ha estado aquí todo esto mientras yo dormitaba fuera de la vida.. ?

Samantha quiso recordar algo de la inconsciencia y fue como un humo blanco y denso que se negara a expandirse, permaneciendo tras sus doradas pupilas petrificado y estático.

Ella se volvió hacia Leonard y él habló muy suavemente. Ella miró sus labios que se entreabrían apenas para dejar pasar las palabras.

—Tú has estado en este lugar, Samantha. Te he necesitado para crearla y por eso has yacido allí, en la camilla. Por las noches, cuando yo trabajaba.

Había dos camillas. Samantha se acercó, los párpados cubrieron sus pupilas y pudo entonces oír el ronroneo de las máquinas. El arrullo, el tintinear, el golpeteo, el rodar de las máquinas sudando aceite. Y pudo imaginar las manos, las largas manos de piel dorada, vigorosas y sensitivas, trabajar sobre su cuerpo copiando sus miembros, sus manos, su rostro.

Después, ambos salieron y caminaron cruzando las sombras de los árboles. Leonard se detuvo al pie de la escalinata y Samantha le escuchó ya en el porche:

—Es una noche muy hermosa. Como aquella noche que supe iba a construirla y reí, reí...

Samantha temió esa noche.

El viento aulló como un cachorro de fiera descubriendo un juego nuevo.

"Savia joven en sus venas y calor en sus entrañas... – ha escuchado la voz enfebrecida. El temor ha subido a su garganta. ¿Qué iría a ocurrir ahora o después, en algún momento en la casa, con aquella "mujer"?"

Era como si no fuese un robot. Un ser humano, un perfecto ser humano.

Samantha temió por ella.

–¡Samantha – dijo Leonard a sus espaldas. Y aspiró el aire y olió el polvo de las ruinas y el húmedo interior de las ánforas sepultas y el moho en las paredes de las piedras cubriendo a los muertos en la tierra profunda. – Pronto estará lista, pronto... ¿Sientes el olor del Tiempo?"

No, ella no ha percibido el olor del Tiempo. Se ha estremecido. Casi creyó que los largos dedos amasadores de seres–perfectos–con–vida–no–humanos, hubiese rozado sus hombros. Pero sólo la brisa ha jugado sobre su piel.

Pensó en la robot que aguardaba en el taller, y bebió el líquido verde que sabía a menta fresca.

"Cocinará por mí, lavará por mí; pero yo cortaré las flores y sumergiré sus tallos en los jarrones de cristal, yo lo haré... ella atenderá también a la odiosa señora Brand; la atenderá por mí."

Si al menos pudiese recordar la noche en que Leonard había pensado en la robot y había reído...

Algo susurró Leonard y ella creyó adivinar:

–Savia joven, savia joven, savia joven...

–Zzzrrrrrrrh... rrrrr... zzziiiiibbb...

Aun zumban las máquinas y ronronean. Samantha está muy quieta en su camilla. Las máquinas parecen rodar y girar en su cabeza. Quizás sólo se escuchan dentro de su cráneo.

Leonard no está allí.

"Regresará pronto..."

Parece lógico si se piensa que pronto estará allí, entre las máquinas.

Ahora Samantha gira la cabeza y no alcanza a distinguir la otra camilla con el bulto inmóvil. Está oscuro.

"Habrá que convivir con ella, tratarla bien."

Claro. Está tan oscuro todo...

Se incorpora lentamente, con cierta dificultad. En la otra camilla... No puede verla pero allí está, allí, a unos pasos. Y ella... necesita tocarla. Los cabellos, la línea del cuello y los hombros...

La mano desciende, desciende, se detiene; desciende otra vez y roza la superficie de la camilla. Ahora, las dos manos palpan frenéticas la blancura semimullida.

"¡Se ha ido, la robot se ha ido..!"

Qué extraño es estar allí, de pie en el taller, en la obscuridad...

La puerta, la puerta se ha abierto y la luz se expande. Y los pasos y las voces.

– ...fue perfecto, todo perfecto querida.

–¿Se acostumbrará?"

–Sí. El último paso – Leonard descubrió el pequeño objeto azulado en el hueco de su mano y presionó los botones.

Samantha, tres manchas del color del vino en su vestido blanco, no–Proserpina–naciente–de–la–tierra–hacia–el–verano los vio, el hombre sonriendo, la mujer de ojos dorados, mejillas tersas, boca-capullo, largos miembros elásticos ...

–Esta tarde vendrá la señora Brand. Oh, querida, esa mujer es insoportable; es tan... tan...

–Sí, sí, lo es.

Primera Antología De La Ciencia-Ficción Latinoamericana

—¿La atenderás tú, verdad Samantha?

Algo se quebró dentro de Samantha, en su cráneo, con un estallido colosal que eclipsa el sonido de las máquinas. Algo comenzó a funcionar con la precisión de un reloj; algo que, mientras por la amplia puerta llega el olor del verano y el de todos los anteriores veranos que ella no alcanza a percibir, le obliga a responder:

—Sí, señora.

BRASIL

Clóvis García

EL PARAÍSO PERDIDO

El abuelo salió a la puerta de la casa, se sentó en el banco de costumbre y se puso a mirar las estrellas.

El paisaje de alrededor estaba silencioso en aquel comienzo de la noche. El valle bajaba árido y, sólo en el fondo, junto al depósito de agua, algunos arbustos elevaban sus ramas retorcidas. El colorido, de tonos rojos durante el día, se había desmayado y no permitía distinguir las rocas, la arena y la raquítica vegetación. En uno u otro punto de la cuesta, parpadeaban las luces de las casas esparcidas que formaban la pequeña comunidad. El día había sido caliente, en medio del largo verano, y las colinas desnudas que cercaban al valle reflejaban todavía el calor acumulado. La noche se anunciaba tranquila y agradable.

El abuelo, sin embargo, miraba a las estrellas. Se acordaba de otro valle, también calmo y tranquilo, también agradable y caliente, pero todo verde, con grandes árboles agitados por la brisa suave, con el ruido del agua encajonada por las piedras del fondo, de los pájaros acomodándose para pasar la noche y de los primeros sapos. El abuelo había vivido en otra época, en otro lugar, y ahora, casi ciego, con los ojos nublados por la enfermedad y por la nostalgia, procuraba mirar las estrellas mientras veía interiormente su valle natal.

Los otros miembros de la familia habían salido al frente de la casa. El padre se sentó en una silla y encendió la pipa. Los rapaces se esparcieron por el espacio seco que hacía las veces de jardín, conversando alegremente, comunicándose las experiencias del día y comentando la excursión que pretendían hacer el próximo domingo. La madre terminaba de arreglar la sala y no tardaría en venir a recostarse en la puerta.

Los nietos menores, sin embargo, se sentaron junto al abuelo:

—Abuelo, cuéntanos algo de la Tierra, le pidieron. El viejo abandonó su visión interior y se volvió hacia los nietos. Un dolor agudo le embargó el pecho, un deseo de llorar. ¡La Tierra! La querida y vieja Tierra, ahora perdida para siempre. Girando en el espacio como un planeta muerto. Pero que él había conocido lleno de vida, con sus ciudades, sus bosques, la lluvia, las bellas madrugadas con los colores de la luz filtrada por la atmósfera y reflejada por las nubes. Un planeta en el que se podía vivir, amar y morir tranquilamente.

—La Tierra, hijos míos, la Tierra era el paraíso... Los rapaces mayores fueron a buscar los cascos y todo el equipo necesario para la excursión que harían el domingo. Mientras lo revisaban, pues la atmósfera de Marte fuera de los valles era muy rarefacta, lo que exigía un equipo de aire, oían las historias del abuelo. El padre y la madre también prestaban atención. Habían dejado la Tierra muy niños, en la fuga precipitada, y poco se acordaban del viejo planeta. El abuelo, sin embargo, había vivido allá gran parte de su vida. Y contaba lo buena que era y lo feliz que era la vida en el planeta perdido por los hombres.

El abuelo vivía de sus recuerdos y, aunque no lo confesase, aguardaba con ansiedad aquellos momentos de la noche en que podía contar a los nietos, e incluso al padre y la madre, cómo eran las cosas en la vieja y querida Tierra. Cómo eran los campos verdes en que trabajaba cuando mozo, cómo se organizaban cacerías en el interior de los bosques.

—Di, abuelo, di cómo era el bosque, pedía un nieto. Y él describía los árboles, el viento murmurando en el follaje, el calor húmedo, el olor de las hojas pudriéndose, las flores, los animales, los pájaros.

Había nubes en el cielo, aire puro en todas partes, la lluvia que caía haciendo crecer las

plantas. Los crepúsculos, el viento de las noches invernales. La primavera. Y los frutos, el buen alimento natural producido por la tierra.

–Vosotros no os podéis imaginar lo que era una naranja. –Y el abuelo sentía el caldo dulce correr por su boca. –Nada de esos alimentos sintéticos que usamos aquí. Este no es un planeta para que viva el hombre. Donde todo tiene que ser producido artificialmente. Lo que se come, lo que se viste, el calor en los largos inviernos, el aire que se respira fuera de los valles. Aquí el hombre tiene que trabajar y conseguirlo todo con el sudor de su rostro.

En la Tierra, no. La Tierra era el paraíso. Pero una vez el hombre había desafiado a Dios. Renovó el pecado de orgullo, el pecado original. Quiso dominar las fuerzas de la naturaleza, quiso, otra vez, igualarse al Creador. Y nuevamente vino el castigo, fue expulsado por una espada de fuego que todo lo había consumido.

El abuelo se acordaba de los primeros experimentos y de la primera explosión atómica. El resultado había atemorizado a toda la humanidad. Pero el orgullo y la ambición habían sido más fuertes. Las voces que se levantaron, prudentes y avisadas, no fueron oídas. El hombre probó el fruto del árbol de la ciencia y del mal. Nada podría contenerle. Y había conseguido transformar la Tierra en un devastado planeta prohibido, que giraba abandonado Por el espacio inmenso, envuelto en un manto de radioactividad.

Algunos hombres habían previsto el desastre. Escaparon a tiempo del peligro y se vinieron a Marte, donde se instalaron en pequeñas colonias en el fondo de los valles, que conservaban una atmósfera más densa y el calor del día. Todo lo demás, sin embargo, era hostil y el hombre tenía que vencer las condiciones inhóspitas del planeta que no le había sido destinado pero que tuvo que escoger como refugio.

–Pero, abuelo, ¡Marte es tan bello, la vida es tan buena aquí! –Uno de los rapaces mayores no se contuvo–. El trabajo en la fábrica de aumentos, las excursiones fuera del valle, el paisaje rojo y amarillo, los juegos en las suaves arenas de la meseta, el frío seco de los largos inviernos. Este es nuestro planeta, aquí nacimos y vivimos. Esta es nuestra casa. No puede haber nada mejor. No creo que la Tierra...

Pero el padre le hizo una seña de que se callase. Los rapaces se desinteresaron de las historias del abuelo. Y bajaron al centro comunal donde otros rapaces, marcianos como ellos, los esperaban para los juegos nocturnos. La madre miró la hora:

–Niños, entrad a preparar vuestras lecciones. De aquí a poco empezará a refrescar.

Los niños se fueron para el interior, de mala gana. Preferían continuar oyendo al abuelo. La madre entró también para vigilarlos. El padre se levantó:

–Voy a la Administración –avisó a los de adentro– Tengo que discutir unos asuntos.

A la puerta de la casa sólo quedó el abuelo. Sus ojos nublados se volvieron al cielo. Allá, a lo lejos, un punto brillante continuaba su giro solitario. Un triste y desierto planeta destruido por sus propios hijos. Pero el abuelo veía la Tierra como fue y nunca volvería a ser. El paraíso perdido...

Traducción de Ángel Crespo

Antonio Olinto

EL NIÑO Y LA MAQUINA

Los instrumentos parecían esperar. El niño tropezó con una llave hendida, la probó con seguridad. Como si hiciese aquello desde hacía muchos años. Halló en el gesto maneras acostumbradas, se encontró. Miró un momento hacia afuera y una gaviota se cernió, inmóvil, contra la lontananza, después se zambulló. No quería salir ahora, iba a perder tiempo en la plaza. Tiró un cable del lado izquierdo, lo conectó con otro, lo arrolló en el toma. Todo siguió igual. Debía estar equivocado. El niño sabía que, en algún punto de la maraña de cables, botones, bielas y correas, yacía la respuesta. No es que hiciese cuestión de resolver la cosa de apuro, pero le parecía bien prepararse para el momento. Vio cuando la madre llegó a la puerta –"Ven a almorzar, Roberto"– y sintió pena de dejar el cuarto. Ella continuó:

–¿Qué es lo que estás haciendo hoy?

La voz del niño era casi inaudible:

–Todavía no lo sé.

La madre estudió algún tiempo el rostro de él, tranquilo, pensó que nunca iba a entender a aquel niño, siempre metido en el cuarto, dando vueltas con tornillos y aparatos, leyendo libros con figuras de máquinas y dibujos de electricidad. Repitió:

–Ven a almorzar.

El se levantó con calma, fue a lavarse las manos, y aquel cable no era el que debía haber conectado, sino el otro, el que salía directo de la panza del aparato, después iría a ver aquello con tiempo, cuando llegó al lado de la mesa ya el padre, el hermano y la hermana comenzaban a comer. Sólo la madre esperaba por él:

–¿Quieres bife?

–Sí, quiero.

El gusto lo descansó un poco, y el ruido de platos y cubiertos, de dientes en la comida y de la televisión, la trajo totalmente de vuelta al domingo de sol, con millares de personas colmando Copacabana. El hermano hablaba:

–¿Fluminense o Botafogo?

Y la hermana:

–Fluminense gana. ¿Quieres apostar?

–Para qué. La otra vez, no me pagaste. Roberto miró a su hermana, nariz un poco arremangada, ojos negros y sonrisa siempre a la espera, la niña más alegre de la calle.

El partido había comenzado. En el rectángulo del televisor, los jugadores corrían de un lado a otro, y la pelota saltaba con vida propia. Sólo Garrincha parecía tropezar con ella. Aquello Roberto lo entendía, Garrincha corriendo en un extremo de la tela, obligando a la cámara a moverse más rápida, haciendo caer a otros al suelo, dando un súbito puntapié que nadie esperaba. Se olvidaba del aparato, en la contemplación del hombre que jugaba con simplicidad, que usaba sus instrumentos de fútbol como a él le gustaría saber usar un cepillo. El pueblo gritaba en el estadio, había sol en la tarde afuera y el tiempo, maduro, pendía del techo. Se quedó hasta el final. El partido terminó empatado, pero el recuerdo de los trazos ligeros cortando el visor lo entibiaba como una comida.

Volvió al cuarto y esperó mientras el hermano iba a ver lo que estaba haciendo, miraba las válvulas sueltas en el solarío, y la hermana se agachaba para recoger una lámpara roja.

Roberto corrió detrás de ella, necesitaba la lámpara.

—¿Para qué?

—Para acabar lo que estoy haciendo.

Consiguió recuperarla, entró de nuevo, se quedó fingiendo que trabajaba hasta que todos se apartaron. Los padres también se acercaron. Con las manos en el bolsillo, el viejo repitió que iba a ser ingeniero de los buenos, la madre quiso decir que ya lo era, se quedó quieta.

Muy lentamente, el niño tomó cuenta de cada pieza de la máquina. Sentado, dispuso todo delante suyo, el martillo pequeño, el alicate, los clavos, los pedazos de material plástico, el caucho, soportes, láminas, dos contrapesos cilíndricos, manivelas. Con tres discos sobre la superficie plana del objeto, intentó un vínculo simple, incompleto, que facilitase el apoyo de una chapa compacta de metal sobre los discos. De lado, le pareció mejor un engaste completo en madera que impidiese cualquier movimiento del asta engastada. Aún no sabía dónde iría a parar aquello. El placer que le venía del contacto de las barras y de las ruedas, de los aceites y de las grasas, de las lámparas y de los pesos, llevaba al niño a prolongar cada fase de la operación. Se demoraba puliendo una extremidad que debería juntarse con otra. A veces pasaba algunos minutos parado, mirando un tornillo o dando vueltas a una plaquita de cinc en la mano.

Le pareció que había llegado la hora. Se apoyó en un cable y, sin saber por qué, conectó al aparato con el propio aparato. El lado izquierdo con el derecho. El toma de la pared quedó sin función, Roberto no había acabado de conectar y saltó. Fue como si hubiese sido levantado a través del techo, pasó rápido por la noche, vio las luces de Copacabana, el mar allá lejos, más oscuros los morros perdiéndose abajo. Se encontró sentado de repente, tranquilo, con hombres y mujeres alrededor, gente que no conocía. Como era su costumbre, examinó todo con paciencia. El horizonte, colorido, parecía estar cerca, las personas usaban ropa entera, de seda o de cuero, no sabía decir, pero bonita. Esperó.

Un hombre llegó cerca suyo, sonrió:

—Fuiste el primero.

Le pareció que era bueno, sonrió también. El otro continuó:

—Mucha gente estuvo cerca de venir. Con aparatos o con pensamientos, hubo instantes en que tuvimos la certeza de que vendrían. Pero tú fuiste el primero. Aun a último momento, no creí que conectaras la nada con la nada.

El niño no estuvo de acuerdo:

—No, señor. Conecté cable con cable, en el momento que me pareció justo.

Había más gente rodeándolo, quiso saber si podría regresar, pero claro, sólo que tendría tiempo de conocer el lugar en que estaba y contemplar aparatos, objetos, monumentos, construcciones.

—¿No notarán mi ausencia allá en casa?

Pudo ver, con nitidez, el cuarto en que siempre había trabajado y oyó que le decían que el tiempo estaba a su espera, inmutable, hasta el tornillo que había rodado en el momento de la conexión se mantenía en pie, todo esperaba.

Roberto se levantó, caminó sobre el suelo de hojas y entró en el horizonte.

Traducción de Rodolfo Alonso

COLOMBIA

René Rebetez

ROCKY LUNARIO

*"Ay destructores de los muros
de vuestra casa, que en un amargo
reinar teníais puestos los ojos,"*
Esquilo

Rocky Lunario estaba impaciente porque su provisión de chicle se había terminado.

Se agachó, recogió un puñado de luna-luna blanca, como cal muy fina y lo arrojó lejos de sí. Hizo una nubécula a medio metro de altura y luego cayó oblicuamente, muy despacio.

Miró allá arriba la Tierra llena, y su depósito de oxígeno, se llenó de nostalgia al presentir los lugares más queridos que albergaba su detector de recuerdos; la vieja Sicilia de sus abuelos, y el Drugstore del Brooklin nativo. Su mirada se apartó con dificultad del planeta y escrutó luego el inmenso espacio negro-azul hasta detenerse en la galaxia C-419 que parecía un inmenso helado de crema –casi al alcance de su mano– tan apetitoso como los que preparaba el viejo Buck.

Nuevamente la nostalgia se puso a hacer burbujas en el oxígeno y, de nueva cuenta, como le ocurría desde un año para acá, echó rabiosamente de menos la alberca y el sol, y los largos muslos de las bañistas en el Private Club de Port Lauderdale, Florida, a donde solía escaparse cada vez que le daban un respiro en el entrenamiento, los lanzacohetes de la base. Después de muchos ensayos infructuosos la cosa había resultado y los relevos comenzaron inmediatamente. Cada hombre debía permanecer un año en la base lunar, y cuando llegó su turno ya estaban listas todas las instalaciones para descubrir satélites extraños, explosiones atómicas en el ámbito terrestre, interceptores de cohetes piratas y el gigantesco lanzabombas, que debía estar siempre listo para entrar en acción, y que había garantizado la primacía total. Los robots mineros extraían material radiactivo que se enviaba a la Tierra, para regresar al poco tiempo embutido en las espoletas de las relucientes bombas que se apiñaban en los 126 silos atómicos especialmente concebidos para el caso.

Sus deberes consistían primordialmente en pasar revista al inmenso tablero de control lunar, que daba los datos exactos sobre el funcionamiento de toda la instalación automática, y sobre el rendimiento de mineral durante la jornada de trabajo. Enviaba muestras de minerales desconocidos y fotografías telescópicas para estudiar la composición de planetas distantes y estrellas desconocidas, siguiendo siempre un riguroso orden alfabético.

Realmente se podía estar orgulloso de aquella gigantesca empresa que podía ser manejada por un solo hombre con el mínimo esfuerzo y el máximo de rendimiento; sin embargo, recordaba cómo fueron de incomparablemente más divertidos aquellos meses en la zona del canal, y las escapadas a los bares de la zona roja, rebosantes de mujercitas morenas de a dos dólares.

En la Luna, nada de eso. En la luna, sólo el pasearse por las explanadas de talco, o asomar la cabeza por los inmensos cráteres, como un ratón perdido en un inmenso queso gruyere. La lucha entre Rocky Lunario y el hastío no era nueva, sin embargo.

Había comenzado al mismo tiempo que él y desde niño la angustia que se le había aparecido muchas veces, siempre inopinadamente, al cruzar una esquina, o al terminar un partido de béisbol. Una ira desazonada se apoderaba de él, y tenía necesidad, imprescindiblemente, que dar un puntapié a una lata de conservas, romper una vidriera o un espejo, morder el labio inferior de la muchacha más cercana, o irse a ochenta millas por hora, en sentido contrario, por la autopista de Key West.

Luego siempre volvía la paz, escanciada en un dry martini, al borde de la alberca, en el Private Club.

Ahora, en aquel estúpido satélite, ni siquiera podía tranquilizarse un poco mascando con furia un chicle de menta.

Encaminó sus pasos, extrañamente ágiles bajo la envoltura de oso polar, hacia el ciclotrón que parecía una inmensa clepsidra tendida en el mar de polvo blanquecino. También podría haber sido una caja de guitarra o un gigantesco torso femenino mutilado. De su interior se escapaba el ronroneo de los átomos dispersos y el sibilar de las partículas alfa que los desintegraba. Un sonido monótono y familiar aquél, que recordaba al conjunto de jazz de W. Fisher.

Ahogó un bostezo con la palma del guante, dobló por el recodo antes de llegar al ciclotrón y tomó el camino que lo llevaba al edificio blanco. Al pasar por ahí, muchas veces se había dicho que ésta sería la calle central cuando llegaran los civiles. Se la imaginaba rebosante de gente, con los borrachos de narices rojas saliendo de los bares y cantinas, bajo la magia de los anuncios de neón. Por ahora no había otra cosa que el edificio blanco. De apariencia inofensiva, casi insignificante, la construcción se erguía a cincuenta metros de allí como una pequeña prisión coronada por una cápsula semejante a las que tienen los observatorios en las ciudades de provincia.

Al llegar frente a la estrecha puerta de metal, accionó con soltura el mecanismo disimulado que, al mismo tiempo que desconectaba el sistema automático de defensa, abría la puerta blindada de esteatita. Pasó por el estrecho vestíbulo y subió a grandes brincos deportivos la escalera de caracol, hasta llegar al control de mando.

Las relucientes palancas de metal y los taburetes giratorios hacían del recinto algo tan familiar como una fuente de sodas.

Se acomodó en el sillón central y se quitó los guantes y la escafandra, ya que allí había un ambiente similar a las condiciones de vida terrenal. Respiró con fruición, se pasó la mano por el rubio cabello húmedo de sudor y enfocó la mira macroscópica hacia la Tierra. Primero, como lo hacía todos los días, recorrió las líneas sinuosas de los continentes y las brillantes planicies de los mares, para accionar luego el sistema de acercamiento que le permitía planear sobre ciudades y pueblos como si estuviese a bordo de un avión corriente. Sus dedos tamborilearon sobre las tres teclas del tablero de mando, que accionaban el lanzamiento de los proyectiles.

Al apretar la tecla central –la de potencia máxima– quedó asombrado al no escuchar ningún ruido. Dos segundos más tarde vio elevarse al silencioso cohete.

Tardaría doce horas en llegar.

Del bolsillo trasero del pantalón sacó el cuaderno de tiras cómicas; se echó hacia atrás en el asiento, puso los pies sobre el tablero de control y se dispuso a esperar el momento en que la Tierra sería borrada del firmamento.

COSTA RICA

Alberto Cañas

EL PLANETA DE LOS PERROS

Me ordenó viajar al planeta Selomit (nosotros, como es natural, preferimos dar nombres hebreos y no griegos o latinos a los planetas), e informarle sobre las cosas que allí observara.

Nadie estaba enterado de sus actividades recientes, pero las conocí cuando me dio el orden. Se había pasado seis de sus días trabajando, y, siendo aquél el séptimo, lo dedicaba a descansar; por ese descanso, y por la confianza que me tiene, delegaba en mí la vigilancia del Planeta Selomit, donde habíase dedicado, durante esos seis días, a una labor como hacía miles de años no realizaba, y que a ustedes les sonará familiar: la luz y el firmamento el primer día; la tierra, los mares y lo verde el segundo, y así sucesivamente. Pero en Selomit introdujo un cambio, resultado de la enojosa experiencia anterior, y fue que al sexto día no hizo aparecer en el planeta nuevos habitantes. Se limitó a pequeños perfeccionamientos, leves reajustes, modificaciones en el diseño de algunos árboles y batracios y en el tamaño de las flores, retoques a determinados rumiantes y paisajes, variaciones en el color de ciertos mares, distintos modelos de nieve. Pero ninguna especie adicional o de sexto día. Un planeta, en fin, sin ustedes. Perdonen, pero comprendan.

Por supuesto –y no procuró evitarlo– entre los seres que fue depositando en Selomit hay ciertas jerarquías y gradaciones; y dentro de un orden que a nosotros siempre nos ha parecido lógico, los que llegaron de últimos –como sucede en el planeta de ustedes– ocupan el lugar más alto de la escala. A los de Selomit los conocen ustedes muy bien; son inteligentes, leales y nobles. Ustedes les llaman perros.

Selomit es una obra maestra. Desde mi llegada pude palpar que había corregido muchos errores de la experiencia anterior. La estructura material, por ejemplo, hace imposibles las grandes catástrofes naturales como terremotos, avalanchas e inundaciones. Todo lo diseñó con mayor precisión y aún con mejor gusto. Y aunque no lo crean, utilizó ciertos productos de la inteligencia de ustedes en la construcción del nuevo ordenamiento. Llegó incluso a esperar un mayor enfriamiento en Selomit antes de comenzar su trabajo, con el propósito de evitar edades de fuego, de hielo y de piedra, así como otras cosas de esas que luego hacen muy incierto el trabajo de los historiadores.

No hay un paraje en Selomit que no sea bello, ni un sector inútil; todo está arreglado allí para garantizar a los habitantes el disfrute de una temperatura agradable y una existencia tranquila. La ausencia de ustedes, por supuesto, va a contribuir.

Me coloqué sobre el planeta a tomar notas sobre el inicio de la vida activa. Los animales parecían satisfechos; las fieras estaban despojadas de la peligrosidad que ustedes les conocen; a todos los habitantes los dotó de costumbres vegetarianas para evitar los odios, las desgracias y las querellas.

Desde el primer momento pude notar que los perros, los que ustedes llaman perros, habían adquirido conciencia de ser los reyes de Selomit y los llamados a evolucionar con mayor rapidez, a desarrollar con más eficacia su mente, y a crear una civilización, que todavía no sabemos cuál será porque les dotó de libre albedrío, así es de optimista.

Después del experimento horrible con ustedes, y perdónenme el decirlo, yo no habría corrido semejante azar.

Eran seis parejas de perros iniciales. Esta vez no quiso poner una sola como en el caso

de la Tierra, ya que los descubrimientos científicos de ustedes le hacen temer las consecuencias biológicas de la reproducción entre parientes-cercanos; de manera que Selomit ha iniciado su vida con seis parejas de cada especie animal. Es admirable cómo se entienden. Se nota un profundo amor entre ellos y lo mismo ocurre entre especie y especie. A juzgar por todo cuanto observé, Selomit será un gran éxito; el mejor que hayamos tenido. Lo terrible fue que me tocó presenciar la primera muerte.

No la esperábamos para ese día, pero fue totalmente accidental: había por allí una pequeña roca graciosamente colocada a pocos metros de un río, pero la estética no siempre se conforma con la seguridad, y un pesado elefante posó su pata sobre ella y la hizo desprenderse, dando pesados tumbos, hasta el río. Al pie de la roca estaban los doce perros, recreándose plácidamente. Uno de ellos no tuvo la agilidad necesaria para apartarse a tiempo, e inevitablemente murió aplastado.

Fue una escena terrible. No tan terrible, claro está, como la de Caín y Abel –que nunca la hemos podido olvidar–, porque en ésta no hubo crueldad de por medio. Fue un simple accidente y nadie tuvo la culpa.

El dolor de los reyes del planeta Selomit me sobrecogió: desconocían la posibilidad de la muerte; no lograban explicarse por qué su compañero yacía inanimado y sangrante sobre el suelo, y lo llamaban a grandes voces sin comprender cómo no les respondía. El silencio y la inmovilidad del cadáver fueron poco a poco haciéndoles comprender que su compañero ya no era más. No habían contado con esto, primer hecho trascendental de su recién comenzada historia.

Era un tremendo golpe, una triste experiencia desconocida: quien había sido compañero, amigo o pariente, en todo caso un ser querido, se transformaba en breve tiempo en una cosa inmóvil e insensible, incapaz de atender, de exhalar aliento o ruido.

Conforme la descomposición crecía, más se preocupaban por determinar una conducta a seguir. Intentaron sumergirlo en el río, pero el agua fue impotente para detener la hediondez. Finalmente atinaron a excavar un hoyo y en él depositaron a su compañero. Cuando cubrieron el hueco y desapareció el trágico olor, las lamentaciones se hicieron más fuertes.

Hasta que uno de los sobrevivientes pidió silencio y, empleando un lenguaje solemne que para ustedes sólo sería un ladrido, les dijo más o menos estas palabras:

–Lo que ha ocurrido a nuestro amigo es lo mismo que, según hemos visto, sucede entre las bestias inferiores. Pero nosotros no somos como ellas, y bien lo sabemos. Nuestro amigo, tan querido y estimado por todos, no era esa carroña rígida y desagradable que acabamos de enterrar. Era algo más. Enjuaguemos nuestro dolor y convengamos en que la esencia auténtica de su ser no está enterrada en ese hoyo, sino que ha partido más bien con algún rumbo superior, desconocido aún para nosotros. Contemplémonos y reconozcamos que algo inasible, algo inaccesible nos habita y nos distingue de los demás seres que comparten con nosotros la vida. En el mismo instante en que la miseria corporal nos inanima y silencia, ese algo se traslada a residir en un sitio más alto. Consolémonos pensando en ello, y esperemos que nuestro Creador nos permita reunimos con nuestro compañero, algún día, si nos hacemos dignos de tal premio.

Eso dijo. No, por supuesto, con las palabras que yo he empleado; pero expresando las mismas ideas.

Los demás asintieron y disminuyeron notablemente sus manifestaciones de desesperación. El que hizo el descubrimiento cobró gran ascendiente y los otros le confiaron la tarea de buscar nuevas verdades parecidas y los medios de obtener el esperado premio. A ese propósito, le apartaron de la vida común, como homenaje.

Cuando le informé de esto, recibió mis palabras con una sonrisa comprensiva y paternal.

CUBA

Ángel Arango

EL PLANETA NEGRO

El capitán Stefany se acercó al grupo de sabios que se hallaban sentados en torno a la mesa discutiendo las posibilidades del nuevo planeta.

–Estaremos en él dentro de dos horas.

Los cinco hombres se mostraron nerviosos con la noticia y comenzaron a moverse como ratones alrededor de la mesa cubierta de libros y papeles.

–¿Cree usted –preguntó tímidamente el biólogo Gámez– que podamos despaciarse sin novedad?

–No cabe duda –dijo Stefany–. Este es un equipo perfecto. El más moderno que ha construido la Tierra.

Lukas, el químico-geólogo, se encogió de hombros y advirtió:

–Este planeta es diferente, ¿quién sabe lo que nos puede pasar? No hay atmósfera, no hay gravedad y no obedece a ningún sistema solar. Permanece ahí como un reto a todas las leyes conocidas: sin rotación, sin traslación y sin señales visibles de vida. Mire, Gámez, no creo que tenga mucho trabajo. Voy a prepararle una selección de mis libros para que no pierda por completo su viaje.

El astrónomo, el físico-matemático y el capitán rieron. Gámez entonces se atrevió a señalar modestamente:

–Bueno, yo siempre espero encontrar vida en cualquier parte y en cualquier forma. La vida tiene más posibilidades de lo que ustedes piensan.

–Absolutamente –confirmó Mathias, el filósofo de la expedición.

Kirkwood se acercó al grupo para informar al capitán que la nave iba a comenzar la operación del despaciamiento.

–¿Tan pronto? –preguntó Lukas.

El capitán observó su reloj.

–Habrá habido un pequeño error. Por otra parte, esto lleva su tiempo. Sírvanse tomar las precauciones de costumbre.

Los cinco sabios se sentaron en las butacas de seguridad, en torno a la mesa, ajustándose las franjas protectoras. En silencio, frente a frente, cada uno observando los hechos desde el mundo de sus conocimientos, aguardaron a que la operación terminase.

El descanso y la estabilización sobre el planeta se efectuaron normalmente. La nave quedó atrapada en su trípode plegable y los hombres se dirigieron hacia las ventanillas inmediatamente que la señal verde indicó que la operación se había completado. Stefany vino hacia el grupo.

–Debemos vestirnos ahora para reconocer el lugar.

La temperatura afuera era de 120 grados bajo cero y la presión no existía. Kirkwood les ajustó los uniformes, que eran abrigo e instrumentos de observación a un mismo tiempo.

Comenzaron a introducirse en los grandes sacos herméticos, que les permitían investigar. Después entraron en la cámara de transición, de donde fueron saliendo uno a uno, en cadena, según la tradición de la astronáutica: el auxiliar delante, los sabios al centro y el capitán detrás.

Se encontraron ante un paisaje desolado, sin vegetación ni relieve. Con una superficie suave, casi pulimentada, sin luz exterior, pero que de sí misma emanaba una claridad

metálica. Stefany procedió a emitir las señales convencionales del código ínter galáctico.

No hubo respuesta.

Lentamente fueron avanzando sobre el helado planeta cuyo horizonte era una línea recta ininterrumpida.

–No veo nada –intercomunicó Gámez.

–No se impacienta, biólogo –dijo Lukas–. En cualquier parte podemos hallar una sorpresa. Esto me recuerda mi primer viaje a la Luna cuando niño.

–¡Tiempos románticos! Nos llevaban precisamente el último día de clase –dijo el físico-matemático.

–Justo –confirmó Stefany–, era la señal del fin de curso.

–Y uno caminaba y caminaba y todo se volvía cráteres y más cráteres –evocó Mathias.

Stefany aprovechó para preguntarle:

–¿Qué opina usted de esto?

–Es lo previsto. No hay vida visible, no hay relieve, no hay agua, no hay atmósfera, parece que caminamos sobre metal puro...

–Sí, eso es –dijo Lukas, el químico–. Es metal, un metal desconocido; es decir, una forma desconocida de metal.

Gámez entonces interrumpió la conversación:

–Yo creo que debiéramos traer el equipo móvil. Todo parece idéntico.

Los demás se mostraron conformes. Se inició el regreso a la nave.

El equipo móvil acomodó perfectamente a los siete hombres. Partieron en él a velocidad regular, mirando a uno y otro lado, conducidos por Kirkwood. El panorama idéntico se repetía.

Stefany miró su reloj para tener noción de la distancia, pues la monotonía del paisaje le impedía hallar puntos de referencia. Mantuvo también su ojo sobre el localizador automático para no perder la dirección de la nave.

Kirkwood guiaba prácticamente a la deriva; el capitán no le hacía ninguna indicación.

–¿Qué experimenta usted? –preguntó Gámez, que se había dado cuenta de la situación.

Stefany hizo señas de que guardase silencio.

–Me interesa ver cómo termina esto –advirtió en voz muy baja–. ¿Se ha puesto a pensar como biólogo en sentido de orientación? Esta es una prueba difícil.

Gámez asintió.

Por más que Kirkwood hiciera un largo rodeo, los visitantes nada pudieron hallar en aquel planeta que fuera diferente a lo que ya habían visto. Ni una grieta en la superficie, ni un pequeño promontorio que llamase la atención. La energía solar no llegaba hasta allí y la falta de luz hacía que sólo pudiesen alumbrarse por la claridad metálica de la propia superficie.

–¿Qué nombre le pondrían ustedes? –preguntó Stefany.

–Yo le daría un número –dijo Ali Khad, el astrónomo.

Ling, el físico-matemático, estuvo conforme.

Lukas propuso denominarlo Monotonía.

Después del recorrido se encontraron de nuevo frente a la nave. Kirkwood efectuó la inspección del vehículo móvil y reportó que había quedado exhausto de energía.

Dentro de la nave, los cinco científicos comenzaron a preparar sus experimentos. La zona próxima fue aprovechada para dejar instalados los campos de estudio. Lukas preparó su "huerto experimental" con distintas siembras de ácidos diferentes que dejó sobre la superficie del planeta. Gámez situó un número determinado de organismos elementales resistentes al frío y a la falta de presión, para comprobar las condiciones de vida.

Entre Lukas y Ali Khad hicieron esfuerzos por extraer una muestra de la superficie, pero sin consecuencias, porque todos los instrumentos resultaban más débiles que aquella forma

de metal.

En torno a la mesa se reunieron los siete después de quitarse los uniformes. Kirkwood trajo los alimentos concentrados y los distribuyó. Stefany fue por una botella de vino y la colocó en el centro.

Ali Khad se frotó las manos de satisfacción.

–Gran capitán –dijo, volviéndose a Stefany–. Es usted un hombre de nobles iniciativas.

–Esos lujos están reservados en la astronáutica para ocasiones importantes –señaló Stefany.

Los demás llenaron sus vasos.

–Pensé –explicó el capitán– que un vaso de vino nos ayudaría a reflexionar.

Gámez recordó entonces la conversación del equipo móvil.

–¿Y su experiencia sobre el sentido de orientación?

–¡Ah! –exclamó Stefany–. Kirkwood no se perdería en ninguna parte. Regresó aquí sin la ayuda de los instrumentos.

–No era mi propósito –dijo Kirkwood–. Solamente guíe el equipo al azar en busca de algo de interés. En un momento dado me hallé frente a nuestra nave. Y, por cierto, sin más energía para continuar. Es extraño que el vehículo haya consumido tanto.

–¿En qué proporción? –preguntó Lukas.

–De acuerdo con el reloj, casi el triple.

–Yo creo –dijo Ling– que debiéramos proseguir este cambio de impresiones por un rato y luego descansar. No tenemos aún datos suficientes para una discusión profunda.

–Es cierto –repuso Lukas–, debemos esperar el resultado de los primeros experimentos. Este es un planeta difícil, fuera de todo el orden existente.

–La oveja negra del firmamento –dijo Mathias.

Poco después se acomodaron en las literas de la nave, y mientras Stefany llenaba su cuaderno de bitácora, los cinco sabios y Kirkwood durmieron.

La primera sorpresa llegó cuando el capitán Stefany, viendo que todos descansaban y que la situación era normal, decidió acostarse también. Antes, como buen aeronauta, encariñado con la nave que lo llevaba a través del espacio, fue a verificar la lectura de los relojes de control con la pizarra central y encontró que la energía de reserva era mucho menor de lo que estimaba.

Acudió al libro de bitácora para comprobar sus anotaciones y encontró que, efectivamente, la cifra anotada a la llegada al planeta y el remanente de energía que ahora tenía no concordaban. Había una diferencia desfavorable. Sin pensarlo un minuto despertó a Kirkwood, que creyó hallarse en vuelo.

–¿Llegamos, capitán?

–No, Kirkwood.

–¿Qué ocurre?

–¿Recuerdas la energía que quedaba cuando despaciamos?

–Sí, capitán. Teníamos diez unidades.

–Kirkwood, el reloj marca ocho.

–Recuerdo perfectamente la cifra, capitán.

–Está bien, Kirkwood. Hay alguna deficiencia en el reloj.

Entonces tomó al auxiliar por un brazo y le dijo:

–Ven, vamos a examinar el depósito. Lleva el radiomedidor.

Kirkwood y el capitán comprobaron que la cantidad de energía de reserva de la nave en aquel momento era de ocho unidades.

–Varios soles perdidos –contestó Stefany– y menos planetas.

Se volvieron y encontraron a Ali Khad, que estaba despierto.

–¿Qué ocurre, capitán?

–Ha habido un error de cálculo. Tenemos una diferencia en la energía solar del depósito.
–En contra, supongo.
Gámez y Lukas habían despertado con la conversación, y al cabo de unos minutos estuvieron enterados. Después se incorporaron también Mathias y Ling.
–Dígame, capitán –preguntó Gámez–, ¿eso afecta nuestro regreso?
–En absoluto. Necesitamos sólo cinco unidades para volver a la Tierra.
–¡Ahhh...! –suspiró Mathias.
–Además existen estaciones intermedias. Allí podríamos recargar.
Gámez consultó su reloj y explicó:
–Debo salir a ver el resultado de mis pruebas. Ya es tiempo.
Se dirigió adonde estaban colgados los uniformes-instrumentos y se metió en el saco hermético con cuidado. Luego entró en la cámara de transición.
Lukas y Mathias siguieron sus pasos.
Afuera los tres se inclinaron sobre los campos experimentales. Gámez se agachó junto a su caldo de cultivo y lo tomó en las manos enguantadas. Desplazándose pesadamente dentro del saco hermético, fue hacia la nave.
Lukas le llamó por el intercomunicador personal, pero Gámez no respondía.
Adentro de la nave, Lukas explicó que los ácidos habían desaparecido sin dejar huella sobre la superficie metálica del planeta.
–Le llamé –explicó–, pero mi intercomunicador estaba descompuesto.
Gámez se inclinaba sobre su microscopio para verificar el resultado del experimento. Nervioso, con la angustia reflejada en las venas de la frente, hinchadas como ríos, dejaba que su curiosidad se vaciase sobre el campo visual del microscopio en una persecución incesante. Por último dijo:
–No queda materia viva... Ni rastro... Ha desaparecido por completo, como si se hubiese evaporado.
En eso llegó Kirkwood informando que había habido un nuevo descenso en el reloj de la energía de reserva. Ahora marcaba siete unidades.
Stefany, Ling y Lukas fueron a examinar nuevamente el depósito mientras Gámez preparaba un segundo cultivo de organismos monocelulares resistentes al frío y a la falta de presión.
–Está en orden –dijo Stefany–. No entiendo cómo podemos estar perdiéndola. La energía de reserva está sellada.
–Kirkwood –dijo de pronto–, vea el índice de la gravedad artificial.
Kirkwood acudió presuroso a la cabina de los mandos y regresó con la lectura anotada.
–Una pérdida grande que nos dejará sin presión ni gravedad artificial dentro de dos días.
Gámez entró entonces por segunda vez en la nave. Permaneció unos minutos dentro de su traje hermético como si fuese un robot puesto en posición de descanso.
–¿Dónde estaba usted? –preguntó Mathias.
Gámez comenzó a quitarse el uniforme lentamente. Al quedar su rostro al descubierto dijo con seriedad:
–Estuve unos minutos observándolos. Hasta que uno comenzó a reducirse y terminó por desaparecer de mi vista; luego le siguieron dos, tres, y finalmente todos. Se disolvieron.
Mathias observó con calma a los demás.
–En mi opinión –dijo–, estamos en un planeta que repele toda forma de energía solar, de vida. Aquí no llegan los rayos de ningún sol porque son devueltos a su origen antes de alcanzar el planeta. Este planeta es el antiplaneta.
Stefany volvió a la cabina, y cuando regresó informó que quedaban seis unidades de energía.
–Es preciso tomar una decisión –dijo–. Propongo retirarnos.

Primera Antología De La Ciencia-Ficción Latinoamericana

–¿Sin haber hecho nada? –preguntó Ling.

–Justamente –dijo el capitán–; si nos demoramos un poco va a ser imposible en absoluto abandonar esta trampa y aquí nos disolveremos. Quiero la opinión de cada uno.

Lukas dijo que debían comunicar y pedir instrucciones.

–Vaya, Kirkwood –dijo Stefany–, pero dudo que si los rayos solares no pueden alcanzar al planeta, puedan hacerlo los de transmisión. Su opinión, Gámez...

–Si permanecemos no habremos resuelto nada.

–Nadie es útil después de muerto –advirtió Ali Khad.

–Entonces –resumió Stefany–, nos vamos. Prepárense para el despegue. Tomen sus asientos de seguridad.

Kirkwood regresó informando que el reloj indicaba ahora que había sólo cuatro unidades. Stefany se despidió de los demás, lo que dio una idea de que aquél podía ser el último viaje.

Mientras los sabios esperaban con silencio humillante a que la nave dijera la palabra final, ésta se sacudió de un lado a otro sin que los motores hubiesen intervenido, osciló brevemente, y como despedida por la patada de un gigante, saltó dentro del espacio igual que un meteorito.

Los científicos se dieron cuenta de que habían dejado el planeta cuando Stefany apareció ante ellos.

–Nos arrojó como una piedra y ahora estamos navegando por nuestros medios...

Tardaron el doble del tiempo en llegar a B.M-25, la estación interplanetaria más próxima, y estuvieron por largo rato buscando la entrada del dique de naves espaciales. La estación parecía enormemente grande.

–Nunca había estado aquí –explicó Stefany–; es una de las mayores del cosmos. No sabía que hubiera tales estaciones con diques tan enormes. Será difícil entrar.

Y lo fue, porque la nave tuvo que afirmarse con grampas y cadenas de presión al costado de un dique inmenso, como un barquichuelo a un muelle. Utilizando la escala portátil comenzaron a salir uno por uno.

Stefany, que iba al frente, descubrió, en vez de los sirvientes mecánicos acostumbrados, a los hombres de la Tierra que operaban la base acercándose desde lejos al astrabuque, cosa que indicaba alguna curiosidad. Cuando se les fue aproximando más notó que eran de gigantesca estatura. Volvió la vista hacia los compañeros y vio la silueta de su nave proyectada contra otra nave terrícola gemela, pero mucho más grande, como no había soñado siquiera con ver una en el espacio.

Y comprendió que, irremediablemente, habían dejado la mitad de su vida y de su cuerpo en Monotonía.

Manuel Herrera

EL PIROTÉCNICO LI-SHIAO

El edicto recién promulgado provocó comentarios de duda, de incredulidad, y hasta risas en algunos casos.

"Yo, Shen-Woung, Emperador de Catay, declaro: Que todos los habitantes de la ciudad deben reunirse el domingo en la plazoleta del templo de Shin-Tan, desde donde partirá el pirotécnico Li-Shiao hacia la Luna. Que todos debemos rendirle homenaje a quien los dioses han entregado el poder de ser el primer hombre que suba al cielo.

El pueblo seguía el paso del pregonero que por calles y plazas comunicaba gustoso la decisión del mandarín; pero no todos los habitantes de la ciudad daban la debida importancia a aquel histórico acontecimiento; para los amigos de Li-Shiao no pasaba de ser una divertida broma.

–¿Cómo va a llegar ese idiota a la Luna?

–¿Quién va a creer que los dioses han entregado algún poder a Li-Shiao?

–¡El mandarín debe estar loco!

–O Li-Shiao lo ha embromado.

Pero el humilde pirotécnico de la Calle de la Melancolía estaba decidido a cumplir sus planes; juntó varios cohetes de los más grandes que poseía y los llevó al patio, donde los amarró a un desvencijado tonel. Cuidadosamente colocó el tonel dentro de un tosco artefacto que hacía las veces de catapulta de lanzamientos.

–Cohete de pruebas número seis –se dijo en voz baja; prendió la mecha central, que fue comunicándole fuego a otras mechas más pequeñas, que, a su vez, hicieron estallar los cohetes. El proyectil salió disparado de repente a gran velocidad y fue haciéndose cada vez más pequeño. El pirotécnico lo miraba alejarse lleno de alegría.

–Allá va, hacia la Luna –murmuró, y continuó escudriñando el cielo aun cuando el tonel no era más que un diminuto punto en el espacio azul. Poco a poco fue desapareciendo de su vista. Sus ojos, más pequeños aún a causa de la gran luminosidad del día, intentaran retener la imagen que se esfumaba en las alturas. Bajó la cabeza y dejó vagar la mirada. A poco creyó oír cómo el tonel se estrellaba con fenomenal estruendo contra los cráteres lunares.

–Hay que mandar a Li-Shiao a la Luna como sea –gritó histérico el mandarín, mientras sus criados buscaban refugio tras las gruesas columnas del palacio. El mandarín se levantó del trono y dio unos pasos por el salón golpeando fuertemente con ambos pies el lujoso enlosado, estrujando una y otra vez el fino pergamino que tenía en las manos. Cruzó los brazos a la espalda y se paseó buscando una solución.

–¡Que venga Yen-Set! –gritó.

Precedido por un golpe de gong, repetido insistentemente por el eco, hizo su entrada el ministro de Asuntos Interiores, que en señal de sumisión se echó a los pies del monarca. Sin hacer caso de aquella ansiosa pleitesía, Shen-Woung le colocó delante de las narices el pergamino.

–¿Sabes lo que es?

–No sé leer –dijo el desconcertado ministro, mientras paseaba una mirada bovina sobre

el pergamino.

–¡Idiota! ¡Es un ultimátum del Emperador de la Manchuria!... ¡Escucha!

El mandarín carraspeó varias veces y comenzó a leer con voz engolada: "En la tarde de ayer un extraño artefacto cayó en las caballerizas del Honorable Emperador de la Manchuria, provocando la muerte de tres de sus mejores caballos, descendientes de los que un individuo de raros ojos y blanca piel hubo obsequiado a uno de los Ilustres Antepasados de Su Majestad, el Emperador de Catay. El proyectil, de forma parecida a la de un tonel de vino, estalló al hacer contacto con la tierra, lanzando aros de metal y pedazos de madera que fueron los causantes de las pérdidas antes referidas. Esta es la tercera vez en el curso de una semana que voladores chinos caen en territorio manchuriano; como no tenemos noticias de que sea Año Nuevo, no estamos en disposición de consentir estos actos y demandamos la rápida indemnización y el cese inmediato de dichos actos, o Catay y la Manchuria se verán abocados a un conflicto armado. ¡Y no se anden confiando en las murallas! Le reitero la alta estima en que todos los manchurianos tenemos al Emperador de Catay. (Firmado) Luang-Pan, Ministro Encargado de Asuntos sin Ubicación..." ¡Comprendes, imbécil! ¡Tres caballos! ¡Esto es la ruina del Imperio de Catay!

Como era de esperarse, la fecha del lanzamiento fue adelantada para el viernes por la noche. El pequeño pirotécnico se quejó por todos los medios a su alcance. Alegó que los viernes no hay luna llena, que sería peligroso que lo lanzaran en cuarto menguante porque como la Luna es tan pequeña entonces, resultaría más difícil dar en el blanco. Pero el mandarín vetó su reparo alegando a su vez que si no podía tener la luna entera se conformara con un pedazo de ella, que el reino no podía seguir sosteniendo pérdidas económicas.

Pataleando y vaticinando un seguro fracaso, Li-Shiao fue llevado a la fuerza por los guardias a la plazoleta del templo de Shin-Tan, donde el pueblo y el mandarín esperaban impacientes. Cuando las antorchas de los guardias aparecieron por la bocacalle, la multitud rompió en vítores. El ministro de Asuntos Interiores se acercó al mandarín y le dijo al oído:

–¿Soltamos las palomas?

–No... Ni una moneda más de gastos.

Li-Shiao fue empujado a los pies del monarca.

–Su Majestad –dijo, en tanto hacía reverencias como sí su columna vertebral estuviera accionada por un resorte–. Esto es una locura; me manda usted a una muerte segura. ¡Esperad al menos hasta el domingo!

El mandarín ordenó que le engancharan los cohetes a la espalda. Los soldados agarraron a Li-Shiao, que estaba hecho un puro temblor, y le ajustaron la cohetería encima.

–¡Fuego! –berreó el monarca.

Pero el pequeño pirotécnico, fuera de sus cabales, se echó a correr por la plaza emitiendo gritos de terror que se confundían con los clamores de la multitud. Unas veces arrinconado por los soldados, otras por algunos de los circunstantes, que no querían perderse aquella diversión. Li-Shiao, por fin, fue acorralado. Cada vez se estrechaba más a su alrededor el anillo humano. Sin percatarse de lo que había a sus espaldas, bruscamente dio marcha atrás y revolvió una de las piras que ardían para iluminar la plaza. De ella se escapó una vigorosa llama que dio fuego a la cohetería que llevaba a cuestas. Li-Shiao fue expelido hacia arriba violentamente, entre gritos delirantes, primero en línea recta, luego revoloteando por encima de las cabezas de los circunstantes. Finalmente, describiendo un arco ascendente, Li-Shiao cobró altura. El mandarín vio desaparecer la roja llama como un punto más en el estrellado cielo de Catay.

–¡Por todos los dioses! –se dijo–. ¡Ahora vendrá otra protesta del Emperador de la Manchuria!

Aun después de perderse la roja llama en la estratosfera, la multitud continuó aclamando

al pequeño pirotécnico.

–¡Escribe cuando llegues! –gritó una anciana.

Y todas las voces corearon: "¡Li-Shiao! ¡Li-Shiao! ¡Li-Shiao!"

El mandarín se alejó calle abajo, seguido de su séquito, con la cabeza queriéndole estallar por tantos y tan explosivos problemas de Estado.

–¿Qué es eso que se acerca? –gritó el comandante observando el espacio sideral por la ventanilla de la nave.

El navegante dirigió la vista a la pantalla telescópica.

–¿Un chino? –dijo, extrañado.

–¿Un chino? –repitió el comandante, más extrañado aún.

–¡No entiendo, viene sin nave!

–¡Flota en el espacio!

–No, no flota; avanza como si hubiera sido impulsado...

–¡Qué raro!

–¡Cuidado! ¡Cuidado! Chocará con nosotros... ¡La red, la red! ¡Lancémosla! ¡Lancémosla!

Una gran red fue desplegada en el espacio de la punta a la cola de la nave, el pirotécnico quedó atrapado en ella. Rápidamente, como si fuera un barco pesquero, la nave recogió su presa y se la introdujo en el vientre.

No sin grandes trabajos, el pirotécnico fue extraído de entre las mallas de la red y sentado en una silla bajo la mirada curiosa de los cosmonautas. La rigidez de su cuerpo era absoluta; tenía los ojos bien abiertos. De ellos salía una mirada de terror fija en un punto indeterminado.

Los cosmonautas lo acosaron a preguntas:

–¿De dónde vienes?

–¿En qué tipo de nave viajabas?

–¿Adonde te dirigías?

–¿Cómo te llamas?

Pero el pirotécnico permanecía mudo, pétreo, impasible.

–Debe ser un sobreviviente de alguna expedición espacial china destruida por una colisión. Seguramente sufre un shock espacial –pensó el comandante unos instantes antes de formular una orden–. ¡Colóquenle los convertidores de pensamiento!

Varios de los tripulantes ajustaron los electrodos en la cabeza del pirotécnico.

–¡Jefe! –exclamó el navegante, asiendo al comandante de un brazo y conduciéndolo a cierta distancia de los demás tripulantes–. ¿Lo llevamos al planeta Elíptico?

–¡Qué remedio!

–Pero... ¿y nuestros secretos militares?

–No podemos abandonar a un naufrago, ya veremos cómo nos las arreglamos... ¡Comiencen!

En las pantallas comenzaron a reflejarse los pensamientos del chino. Los cosmonautas vieron la plaza, el templo, el mandarín; vieron a Li-Shiao mientras hacía reverencias y era acosado por los guardias, por la gente. De repente, en la pantalla aparecieron unas palabras subtítulando las imágenes: "Se lo dije al mandarín, esto no dará resultado; hay que aguardar a la luna llena. Se lo dije al mandarín..."

–Comandante, ¿en qué lugar de la tierra puede ocurrir esto hoy?

–En ninguno. ¡Miren, ahora se eleva!

La plaza volvió a verse en la pantalla; el comandante aventuró una hipótesis:

–¡Este hombre es un caso extraordinario! Empíricamente debe haber descubierto el modo de cruzar la barrera del tiempo. Ha salido del siglo catorce de la cronología cristiana hasta –hizo una pausa– ¡aquí!

–¿Aquí?

Miradas enigmáticas convergieron sobre el comandante.

–¡No es posible!

–Debemos procurar que se reponga del shock y nos cuente cómo lo ha hecho.

Los medios empleados por los cosmonautas para que Li-Shiao se recobrar del shock no dieron resultados. Por espacio de tres meses se esforzaron en echar abajo el infranqueable muro que representaba aquel pensamiento obsesivo: "Se lo dije al mandarín..." Pero no tuvieron el menor éxito. Para conseguir que Li-Shiao resultara más maniobrable, lo sentaron en posición de orante con los brazos formando una equis sobre el pecho y ambas palmas extendidas y aplastadas sobre el pecho a la altura de los hombros.

Aquella posición recordaba a los cosmonautas una figura asiática. Eran dueños de una memoria provista de un sinnúmero de registros, y después de algún tiempo pudieron desentrañar el dato preciso.

–¡Eso es! ¡Eso es! –dijo el comandante cierto día–. ¡Se parece a un yoga hindú!

Como último recurso, alguien propuso que se le sacara de nuevo al espacio para ver si reaccionaba. Y amarrado por medio de un cable a la cola de la nave, continuó viajando hasta el planeta Elíptico. Cada mañana se le entraba y era estudiado por la tripulación. Al no evidenciarse ni tan siquiera la más ligera mejoría, era devuelto al desguarecido espacio.

Fue en una de esas entradas y salidas, ya muy cerca del planeta Elíptico, que una misteriosa explosión hizo trizas la nave. El cable se quebró, y dando una serie de volteretas enormes que le parecieron durar una eternidad, Li-Shiao, acostumbrado a ser catapultado, una vez más náufrago en el espacio, fue atraído al seno de la Elipse. Sin inmutarse, sin abandonar su posición yoga, elipsó suavemente.

Estaba sentado, coronando la montaña de ruinas en que se había convertido la nave. Atemorizados, los elipcianos que andaban por aquel lugar se fueron aproximando poco a poco, algunos lo tocaban y se apartaban de él presurosos. Pero el pirotécnico seguía inmutable. Tampoco la experiencia que acababa de sufrir lo había hecho reaccionar.

–¡Miren! ¡Miren bien –dijo uno que se atrevió a acercarse más que el resto. ¡Sus ojos son elípticos!

–¿Elípticos?... ¡A ver! –dijo otro de los elipcianos allí congregados, metiendo las yemas de sus índices en los ojos rasgados del pirotécnico. ¡Sí, sí, elípticos!

El pequeño grupo de elipcianos que lo rodeaba se arrodilló ante él rindiéndole pleitesía. Apareció una parihuela y colocaron al pirotécnico, que no había abandonado su posición yoga, encima de ella. Así lo llevaron por los caminos. Viajaron incontables días. Mucha gente lo vio, se arrodilló ante él y lo adoró como a un dios. Lo coronaron Rey de la Elipse; pero el asiático no daba señales de vida.

Muy pronto sus adoradores se aburririeron de él.

–No puede ser rey, no habla.

–¿Qué hacemos?

–No sé.

–¿Continuamos la peregrinación?

–Estoy que no puedo con mi alma.

–Me lo llevaré a casa como trofeo.

–¡Muy bien! –corearon los elipcianos que transportaban la parihuela con el dios encima.

Pero muy pronto este elipciano también se aburría de él. Después de despedir al hombre encargado de alimentarlo con un biberón, vendió aquel dios venido a menos a un buen precio. El comprador, a su vez, volvió a venderlo, a mejor precio incluso, y así fue pasando de unas manos a otras, hasta que cayó en las de un anticuario, que lo colocó en la vitrina de

su humilde tienda. Allí pasó meses y meses en exhibición, mientras era alimentado con leche en biberón.

Más tarde fue comprado como adorno por una familia que también tuvo que deshacerse de él, ya que asustaba a los niños. Esta vez le cupo la desdicha de ir a parar a un basurero. Unos niños que jugaban allí no hicieron más que verlo y pensar que podían patearlo como a una pelota. Bien pronto se dieron cuenta que Li-Shiao carecía de la facultad de rebotar y desistieron de seguirlo pateando. Lo dejaron allí tirado. Un monje mendigante que se disponía a escarbar entre los desperdicios lo descubrió y cargó con él, convencido de que haría una buena estatua. Lo colocó en lo alto de un cerro y lo anunció como un santo milagroso que podía curar a los enfermos. Cobraba veinte centavos elípticos por dejarlo ver y se enriqueció. Poco a poco le construyeron un templo, al que acudían cada año en peregrinación miles de tullidos, mancos, idiotas, paralíticos, dementes y cuanto ser enfermo existía sobre la Elipse. Los peregrinos entonaban oraciones y prendían cirios en su nombre.

Desde el altar, Li-Shiao los contemplaba inmutable en su posición yoga, con sus tripas consumidas por el hambre; veía a los tullidos bailar cuando eran curados, a los locos hablar con coherencia, a los ciegos discernir la luz del día, pero persistía en su petrificación incondicional. Y cuenta la leyenda que en las noches de frío, cuando el hambre es más fuerte, se oye la voz del dios resonar entre las columnas del templo:

"Se lo dije al mandarín, esto no dará resultado..."

Juan Luis Herrero

NO ME ACARICIES, VENUSINO

Todo por un maldito cubilete. Siete probabilidades contra una. Y en ello me va la vida. Se lo había dicho a Roberto:

–No sabes el odio que les estoy cogiendo.

–¿Por qué? –me preguntó.

–Pues por su culpa estamos aquí.

–En todo caso sería del Gobierno, por habernos mandado.

–Si ellos no existieran, ya estaríamos de vuelta, ¿me entiendes? De vuelta. ¡Saca de ahí ese asqueroso pseudópodo!

Rack, muy apenado, retiró el miembro sin atreverse a insistir.

–Ya ves, no son malos; quería acariciarte.

–Son unos asquerosos pulpos analfabetos –dije, mientras electrificaba toda la cubierta exterior de mi traje, para eliminar cualquier impureza de los tentáculos del venusino.

–¿Analfabetos? Querrás decir inocentes –me dijo Roberto–. Poseen inteligencia y son muy cariñosos. Imagínate que no lo fueran, sabiendo que nuestras pistolas solares son casi inofensivas para ellos.

–Pero a toda carga resultaría imposible que las resistieran. Así lo dijo su análisis estructural.

–¿Y luego? ¿Qué haríamos mientras se recargan nuestras pistolas, si se unen para atacarnos? Pues que nos destrozarían con sus tentáculos.

–¿Aún les tienes miedo?

–No, no tengo por qué. Aunque conocemos muy poco acerca de ellos, ya estamos seguros de que son incapaces de atacarnos, pero ten cuidado, Carlos, si se reviraran sería mortal para nosotros.

–¡Bah! –contesté, mirando a Rack que hacía cabriolas para llamar nuestra atención.

Rack era, como todos los venusinos, asqueroso. Allí estaba, siempre cerca de mí, en espera de que le brindara alguna tarea. Recuerdo el día que lo tuve cargando piedras casi veinticuatro horas. Ni se cansó. Estaba satisfecho de cumplir mis deseos. No eran inteligentes, como decía Roberto. Si lo fueran, ¿serían tan fieles a sus promesas? Sí, es cierto, aprendieron a mal pronunciar nuestro idioma, repitiendo nuestras propias voces. ¡Maldita sea! Rack había escogido la mía y no saben cuánto me irritaba oír mi propia voz emergiendo de aquel venusino pulposo.

Hacía ya tiempo que yo estaba esperando el cohete relevo de la Tierra. Principalmente porque nos traería armas neutrónicas, eficaces contra los venusinos. Sin embargo, el cohete no llegaba. Roberto inquiría por qué ese interés mío en poseer defensas mortíferas contra aquellos seres que eran incapaces de atacarnos.

El día que tuve a Rack trabajando toda la tarde en la infecunda labor de cargar cerca de media tonelada de los pesados pedruzcos venusinos de sílice a un lugar diferente al que le había ordenado la noche anterior que los llevara, tras una semana de tenerlo acarreado esos mismos pedruzcos de un paraje a otro, me entretenía en calcular un nuevo destino más accidentado al cual debía transportarlos por la madrugada. ¡Rack acariciaba hasta la dichosa media tonelada de rocas! ¡En dos semanas de cargarlas y descargarlas se había encariñado con ellas! ¿Qué hacer con aquel dichoso ser que, tras despojarse de su verde

espuma sulfurosa, equivalente a nuestro sudor, aprovechando un ligero respiro en el trabajo, mirándome lánguidamente con sus grandes ojos azules y redondos, trataba subrepticamente de acariciarme? No pude más, saqué mi pistola y apunté a su redonda cabeza.

–¿Qué haces, estás loco? –me gritó Roberto, apartando el cañón de mi pistola de la cabeza de Rack.

–Déjame hacerle un disparo, uno solo, una pequeña descarguita en su cochino cerebritito...

–¡Dame acá! –gritó Roberto, arrebatándome el arma, asistido de su gran fortaleza. – ¡Déjame, vete al diablo!

–Si violentas a un venusino no tendremos salvación. –Uno solo, déjame eliminar a uno solo, a ése... –rogué viendo a Rack dar saltos juguetonamente alegre, ajeno a lo que pasaba.

–Carlos, ¡tú tienes neurastenia aterrística!

–No es nada de eso, ¡dame mi pistola, c...

–No, hasta que nos despaciemos un poco –insistió Roberto firmemente.

Antes de ir a despaciarnos miré hacia Rack. Este movía sus tentáculos amistosamente, enviándome un cariñoso saludo de despedida.

"Ya verás, ya verás que un día te daré tu merecido, venusino de mierda", pensé antes de entrar en la cúpula despachadora.

Nos quitamos los trajes, no sin antes haber ajustado la presión, atmósfera y humedad dentro del recinto. Me sentí muy aliviado al poder despojarme del traje espacial. No tenía ningún deseo de hablar con Roberto. Hace poco, si no hubiera sido por él, habría podido por fin dar muerte a Rack. Pero siempre me andaba restregando su autoridad por la cara y dándome órdenes. El era el jefe y existía esa diferencia entre los dos. Ahora lo único que era capaz de palmar mi justificado odio era la máquina que tenía enfrente, en el centro de la instalación despachadora. Ahí estaba la polisensitiva, de dos plazas. El de la derecha, mi sillón. En él encontraría a Julia, la Tierra, el oxígeno natural, y no en los envases de nuestra escafandra, la vida alegre de mi planeta, desaparecerían los venusinos e inclusive Roberto y sus malditas recomendaciones. Fui sin decir nada hacia ella.

–Carlos, por tu culpa tenemos que usar la despachadora con demasiada frecuencia. Ya sé que es agradable, pero ¿te imaginas lo que sucedería si por cualquier percance no podemos recibir repuestos durante mucho tiempo? Yo no quiero ni remotamente pensar en que puedo contraer psicosis extraterrestre. Recuerda cómo antes de inventarse la desespacialización, un buen día, Ricardo Carriri, tuvo que ser recluso en una clínica por su manía de ponerse una pecera en la cabeza.

"Yo no soy Ricardo Carriri", pensé. Aquél había sido uno de esos débiles espíritus que fueron afectados por una larga estancia fuera de la Tierra. "Psicosis extraterrestre", ése era el nombre con que se conocía una serie de desajustes psíquicos, provocados por la vida anormal que llevábamos nosotros, los pioneros interplanetarios. Es algo así como la psicosis de guerra de tiempos pasados. Yo conocí a Ricardo Carriri en la escuela militar. Era un muchacho jovial, aunque un poco nervioso. Tras su estancia de dos años en Marte, le había sido imposible quitarse ciertas costumbres. Se había vuelto anormal, debido a que estuvo demasiado tiempo sujeto a un medio anormal, sin contar con una despachadora. Pero eso de necesitar un casco cósmico para sentirse seguro es el colmo. Claro que uno se acostumbra a cuidarlo, revisarlo y pulirlo, ya que en ello le va la vida en medios donde la atmósfera es letal para los humanos. Y Carriri, por no contar de regreso a la Tierra con un casco, comenzó a ponerse aquella dichosa pecera en la cabeza. Los médicos dijeron que era algo así como si a nosotros nos dijeran de pronto que debíamos andar sin ropas por la calle. Nuestro cuerpo, acostumbrado a la presión de los trajes de platilina, a la sensación de la seguridad térmica que ellos representan, se sentiría inmensamente incómodo sin ellos.

Por eso teníamos que desespaciarnos cada cierto tiempo. Es decir, a costa de una gran pérdida de energía, crear una atmósfera y presión artificiales en una cúpula de regulares dimensiones, vestirnos con ropas como las que usa cualquier humano en la Tierra, y entonces..., ¡ah, entonces usar la polisensitiva! Divina, magnífica, adorable maquinita, sumum de la creación científica del hombre, no importa que tuviera tubos, tornillos y chuchos, era algo vivo, familiar, humano.

Cuando salíamos de nuevo de nuestros trajes interplanetarios, Roberto me preguntó:

–¿Mejor?

–Sí –mentí, pues después de recrear el recuerdo de Julia en mi mente, en mis sentidos, sentía más odio aún por los venusinos.

–Estás usando mucho la polisensitiva, ten cuidado, no vayas a enviciarte. Ya no eres ningún muchacho –me advirtió Roberto, sonriendo.

La maravillosa polisensitiva. Esa complicada máquina eje de cualquier buena despaciadora, me permitía revivir a Julia, aligerando la desgracia de nuestra separación. Desde la vista hasta el tacto eran recreados por ella para quien contara con los estímulos adecuados. Al salir de aquella máquina, casi podía decir que había estado unos minutos con Julia. ¡Y qué situaciones íntimas pude crear en la polisensitiva! ¡Qué bien reproducía hasta el color de la ropa interior femenina, de la piel, de los muslos, la espalda...! ¡Qué estúpidos era los moralistas, que al principio atacaron a tan adorable máquina! La denominaron, tratando de ridiculizarla, polimasturbadora. Pero ahora, comprobados sus buenos resultados, todos deseaban tener una y se hizo necesario que las estaciones pioneras interplanetarias la tuvieran. Las mujeres también protestaban al principio, al saber que cualquier hombre podía hacer con ellas, imaginativamente, lo que deseara. Pero luego, al aumentar el número de mujeres rumbo a las estaciones pioneras y comprobar que ellas también podían, a su vez, hacer con los hombres que quisieran cualquier cosa, por la fantasía mental de la polisensitiva, dejaron de protestar. Y los últimos moralistas estúpidos afirmaron que el cosmos iba a ser en el futuro conocido como el mundo de Onán. Y se iba a llenar de humanos ojerosos y febriles, con el consiguiente agotamiento en el mercado de las pastillas X48 vigorizantes. Ensayaron su última campaña, pero cuando descubrieron al incorruptible director de ella usando subrepticamente una polisensitiva pequeña de experimentación, para soñar con su secretaria, se acabaron las protestas.

Roberto y yo tomamos nuestros exploramóviles individuales y partimos hacia la cordillera cercana, donde estábamos haciendo investigaciones minerales. Llevábamos dos venusinos en calidad de ayudantes, claro que no dentro del reducido espacio de nuestros exploramóviles, sino afuera prendidos a la carrocería de viridium. A través de la transparente claraboya veía los tentáculos de Rack adheridos al vehículo.

–Carlos, sígueme y no hagas más tonterías –me dijo Roberto desde su exploramóvil mediante nuestros micrófonos de ondas medianas.

Tras embestir algunos arbustos espinosos, chocar con pequeños promontorios, etc., fui detrás de Roberto. A pesar de todos mis esfuerzos, Rack seguía afianzado a la claraboya. Lo miré largamente y desprendió un tentáculo para saludarme.

Terminada nuestra jornada de investigación, volvimos a la pequeña base que habíamos instalado al pie de un tupido bosque de las mortales zulfiritas, por donde los venusinos jugaban libremente. Cuando me bajé del exploramóvil, eché una mirada a Rack, que alegremente se internaba en el bosque, jugueteando con sus congéneres.

–También hay oro –dijo Roberto, descargando un pequeño saquito con muestras minerales, y al mirar hacia el bosque, donde desaparecía mi ayudante, añadió–: Carlos, todo sería perfecto si dejaras de odiarlo. Ellos son buenos, convéncete. Hoy volviste a atender contra él.

–Sólo fue una diversión. Me gusta verlos saltar del exploramóvil, al lanzarme contra

algún arbusto espinoso, y luego verlos insistir en agarrarse a la cabina con sus ventosas.

—No, lo que te gustaría es verlos no agarrarse de nuevo, debido a que han quedado destrozados por las púas de un lugulú o las aristas de un cuarzo gigante.

—Eso nunca ha sucedido.

—En contra de tu voluntad. A pesar de su inocencia, los venusinos son hábiles y saben defenderse.

"Un día no podrán y yo les habré ganado", pensé.

La noticia me aplastó. Se había aplazado la fecha para nuestro relevo. Por un tiempo indefinido, tampoco recibiríamos repuestos.

— ¡Te lo dije! —exclamó Roberto.

—No tengo la culpa.

—No, pero sí de que tengamos casi agotadas las reservas de la despaciadora, debido a tus fobias venusinas. Dentro de poco no podremos usar nuestros exploramóviles por la falta de energía. Desde este mismo momento queda excluida la polisensitiva de nuestras posibilidades.

—Eso no, Roberto; eso, no.

—Ya te lo advertí.

—Pero la polisensitiva, no; Julia...

—Julia es artificialmente creada por la polisensitiva; la verdadera está allá, en la Tierra, y vas a tardar mucho en volverla a ver.

—Sabes que deseo mucho a Julia. No elimines la polisensitiva.

—Es indispensable. Tu odio a los venusinos ha provocado esta situación.

—Ya te dije que no los odio, es que...

—Sí que los odias.

—No tengo por qué.

—¿Ah, no? Pues te diré, yo sé el porqué de la aversión hacia estos seres que no nos hacen nada, salvo tenernos cariño y ser firmes a sus conceptos desinteresados. Te molestan sus buenos sentimientos, debido a que ponen en evidencia una maldad que puede haber en ti. Cada cual tiene una forma particular de ser que da pie en el individuo a un comportamiento determinado. ¿Y cuál es tu comportamiento hacia los venusinos? Sencillamente te inspiran odio. Así te ves libre de querer a un venusino deforme y monstruoso, cuya mayor ambición es acariciarte. Tú, como hombre, estás acostumbrado a considerar inferior a todo ser que repudies. Y, sin embargo, estas criaturas, según tú atrasadas, dan lo mejor de sí, son menos indefensos y no están esclavizados por la cibernética como nosotros. Nosotros somos esclavos de este planeta y ellos libres. Y te da rabia reconocerlo. Inclusive los envidias por poder anda libremente entre los mortales bosques de zulfiritas, allí no puedes entrar tú. ¿Son hermosas las zulfiritas? Ya lo creo, pero nunca podrás acercarte a ellas. Por eso las odias. Odias a nuestro Gobierno, que te ha hecho alejarte de Julia, en contra de tu voluntad, pero como temes que ese sentimiento a nuestra vuelta sea revelado por la detectara psiquiátrica, vuelcas ese odio contra los venusinos, a pesar de no ser ellos los culpables. En resumen, los odias simplemente porque ellos son buenos y tú no. Y solamente por eso has abusado de ellos, de nuestras reservas de energía y hasta de mi paciencia. Pues fíjate bien, se acabó la polisensitiva, se acabó Julia. Somos dos los que necesitamos de esas reservas que por tu culpa se han derrochado, cual si hubieran sido para ti solas.

—Ahora seremos uno —dije, mientras le descargaba la carpa de mi pistola solar en la cabeza.

Al ser frenados los impulsos nerviosos de Roberto por la descarga, su cuerpo se aflojó. Un solo instante, y ya estaba muerto. Y yo me quedaba solo en Venus.

En la puerta, Rack me miraba fijamente, aplastado contra el suelo.

Sentí miedo. ¿Y si a aquel bicho se le ocurría saltar sobre mi, ahora que mi arma se

estaba recargando? Mas Rack ni se movió. Conté nerviosamente los minutos en que mi pistola sería capaz de volver a funcionar, observando los poderosos tentáculos que eran capaces de estar veinticuatro horas cargando inútilmente media tonelada de cuarzos, venusinos.

–¿Qué tal, Rack? –pregunté, para ganar tiempo.

–Bien –respondió Rack, con mi propio metal de voz.

–¿Qué haces?

–Pienso.

No me gustó nada su respuesta.

–Roberto está dormido –dije, señalando para el cuerpo tirado en el suelo.

–Sí, está dormido –me contestó mi propia voz.

"Maldito venusino, ya te enseñaré", pensaba. Tenía que vencerlo, tenía que eliminarlo. Ahora yo estaba desarmado. Hice como si estuviera muy ocupado arreglando una máquina computadora. Pero Rack seguía echado en la puerta, observándome fijamente.

–¿Qué hacen tus amigos? –le pregunté, señalando a los venusinos que allá afuera se entretenían retozando.

–Juegan –me contestó mi voz.

Mientras contaba los últimos minutos en que se recargaría mi pistola, volví a preguntar al venusino, sin que éste diera muestras de asombro por mi interés de conversar.

–¿Te gusta jugar?

–Sí.

¡Eso!, pensé. Sí, ésa era la respuesta a mis deseos. Busqué a mi alrededor hasta encontrarlo: el viejo cubilete de Roberto. Haciendo sonar los cinco dados de marfil en su interior, volví a preguntar a Rack:

–¿Te gustaría aprender un juego de la Tierra?

–Sí, sí –me contestó, agitando sus poderosos tentáculos.

–Ven –le dije.

Fuimos hacia un claro. Ya mi plan estaba hecho. No había forma de que fallara. Había llegado mi hora y la última de Rack. Este iba detrás de mí, y algunos compañeros se le unieron, quizá al enterarse de que iban a aprender un juego de la Tierra. Yo sonreía, haciendo sonar los dados dentro del cubilete. Miraba allá, el cielo siempre lleno de nubes eme impedían ver mi propio planeta. Nuevos espectadores se unieron al grupo. Mejor, necesitaba testigos de que todo iba a ser un juego.

Nos sentamos haciendo un círculo. Tomé el cubilete. No fue difícil explicarle a Rack cómo se jugaba.

–Allá en la Tierra siempre apostamos algo, ¿qué tienes? –pregunté al inocente venusino.

–¿Yo... ? Nada... Nosotros, los venusinos, no tenemos nada... –y su voz, es decir, la mía, reflejaba una gran pena por no tener nada que apostar.

–¿Pero no tienes nada, nada?

–No, nunca lo hemos necesitado. Lo mío es de todos, no poseo nada exclusivamente mío.

Yo sonreía para mis adentros, pues antes de hacerle la pregunta a Rack, ya sabía su respuesta.

–Es una lástima que no poseas nada, así no podremos Rack. Ese ser desposeído de todo, dejó caer flácidamente sus tentáculos, lleno de tristeza. Pronto comenzó a humedecerse. Los venusinos lloran íntegramente, es decir, con todo el cuerpo. Sus compañeros lamentaban también que Rack no tuviera nada que apostar. Y entonces tendí la trampa.

–Querido Rack, ya ves que yo quiero compartir contigo este entretenimiento de la Tierra, pero parece que va a ser imposible. A menos que..., oye ¿si tuvieras algo que apostar lo harías?

–Sí, sí... –contestó Rack, agitando un pseudópodo lleno de esperanzas, pero sin atreverse a acariciarme.

–Pues sí, tú tienes algo...

–¿Qué? –preguntó suavemente.

–Tu vida.

Mira alrededor. Los venusinos no se movieron. Todo era un juego. Al fin, manifestaron alegría. Rack tenía algo que apostar.

Comenzamos el juego. Mi vida contra la de Rack. Yo estaba seguro de ganar, pues el venusino no tenía experiencia. Todos estaban entusiasmados. Y yo iba a matarlo.

Sin embargo, Rack era inteligente. Así lo demostraba. Llegó un momento en que estábamos empatados a ocho puntos; el que hiciese dos más ganaría, teniendo derecho sobre la vida del otro. Maldije mi apresuramiento, pues debí escoger un juego en el que interviniera todo menos el azar. A pesar de que mi traje espacial me garantizaba una temperatura agradable, estaba sudando. Moví el cubilete y lancé los dados... Un as, dos reyes y dos gallegas. Si conseguía en los dos tiros siguientes sacar dos reyes roas, haría una carabina de dos puntos y ya habría ganado. En el segundo tiro salió otro rey. Rack, junto a sus compañeros, miraba atentamente mi mano que agitaba el cubilete para el próximo tiro. Se oía dentro el ruido del último dado que pronto iba a rodar por el suelo venusino.

Y rodó... El cuadrado de marfil primero presentó la cara de una reina, luego la de un negro y, al fin, dando una vuelta completa, la de un as. ¡Carabina!

–Perdiste, Rack –dije, incorporándome, mientras llevaba la mano a mi pistola solar.

Rack me observaba, echado aún sobre el suelo. Me acarició las botas. Sus compañeros no expresaron disgusto alguno. Saqué mi arma y, apuntando a su odiada cabeza, disparé. Toda la carga solar de mi pistola se agotó sobre Rack. Este quedó quieto, sus ojos redondos estaban humedecidos, un estremecimiento y cayó hacia atrás. Fue fácil comprobarlo. Estaba muerto.

Miré a mi alrededor. Ningún venusino se había movido. Ninguna actitud de crítica vi en ellos. Electrifiqué mi bota derecha, que había sido acariciada minutos antes por Rack, y me di vuelta para poder gozar solo de aquel momento. Ahora iría a la despaciadora, adonde Julia, sin Roberto, sin Rack, adonde podría recrear a plenitud mi victoria sobre los cariños venusinos. Ya sabría yo explicar la muerte de mi jefe cuando recibiera la orden de nuestro relevo. "Sería difícil convencer a los inspectores de que un ser tan cariñoso, tan manso y bueno como Rack, había matado a Roberto. Pero no importaba, era mi palabra contra la de aquellos seres estúpidos. Ya mi pánico al descubrir la habilidad venusina para el juego de dados había desaparecido. Me arriesgué mucho con aquel juego. Nunca se me ocurriría proponérselo a cualquier otro venusino, pues ya en el juego anterior vieron cómo debían agruparse los dados. Rack, el venusino cariñoso, ese que me miraba con ojos húmedos, mientras me acariciaba las botas con sus tentáculos, ese que nunca pude ensartar en las espinas de un lugulú, había muerto, destruido su sistema nervioso por mi pistola solar. Ahora era feliz y di varios pasos hacia la despaciadora, donde me esperaba la polisensitiva, y levanté la vista. A pesar de haber matado a Rack, me seguía siendo imposible distinguir a mi planeta, por las nubes que rodeaban a Venus.

De pronto sentí mi voz llamándome.

–Carlos... Carlos...

–¿Eh? –exclamo, mientras miraba con los ojos desorbitados cómo el inanimado cuerpo de Rack, a quien había matado momentos antes, se iba incorporando.

–¡Pero yo te maté, te maté!... –exclamé, lleno de terror.

–Si –me contestó Rack–; pero ¿no sabes? Nosotros, los venusinos, tenemos siete vidas. Nuestros organismos nerviosos pueden regenerarse esa cantidad de veces. Claro que tardamos unos minutos en hacerlo. Perdóname el tiempo que te he hecho perder para seguir

Primera Antología De La Ciencia-Ficción Latinoamericana

el juego.

–¡No, no! –grité, lleno de espanto, viendo a los vigorosos venusinos que me rodeaban alegremente.

–¡Sí, sí, sigamos el juego! –dijo Rack.

Germán Pinilla

LAS MONTAÑAS, LOS BARCOS Y LOS RÍOS DEL CIELO

Me llamo Juan, tengo once años y soy huérfano de padre. Todos mis amigos tienen padre y madre, pero yo soy el único huérfano del barrio. Hay un muchacho que hace poco se le murió un tío; pero un tío no es igual que el padre de uno.

Mi madre es muy buena conmigo y sé que me quiere mucho. Siempre cree todo lo que le digo y nunca me regaña. Cuando le conté lo del barco que volaba, me dijo que ojalá ella lo hubiera visto también y que la próxima vez que pasara uno la llamara para poder mirarlo. Mi padre se puso bravo cuando ella me dijo esto y se puso a pelear diciendo que no debía hacerme caso cuando me pusiera a contar boberías, porque me iba a convertir en un mentiroso. Lo que pasa es que la gente, cuando crece, deja de ver ciertas cosas. Claro que ése no es el caso de mi mamá. A veces, cuando mi padre se quedaba hasta tarde en el trabajo, nos sentábamos en el portal y mirábamos las estrellas. Entonces mi madre me contaba cosas del cielo y los planetas y de cómo si uno dibuja unas rayitas de unas estrellas a otras, se forman las constelaciones, que quiere decir cómo el cuerpo de una figura y las estrellas son los brazos, los ojos y demás. Yo nunca me acuerdo de los nombres que tienen las figuras, pero sí sé que algunas son como barcos y otras como montañas, y hasta hay una que se parece a un río. A veces nos pasábamos mucho rato mirando estas cosas, pero cuando llegaba mi padre, mamá orne dejaba solo y se iba a prepararle la comida, y entonces no veía ni las montañas, ni los barcos, ni nada.

Mi madre me advertía que no le dijera nada de esto a papá, que era un secreto entre nosotros dos; pero el día que vi el barco volando no pude aguantarme y fui a decírselo, sin darme cuenta de que papá estaba delante. Entonces fue que empezaron a pelear y mamá hasta lloró por su culpa. Cuando vi que ella estaba llorando, le di una patada y le dije que lo iba a matar; pero él, en vez de pegarme, nada más que me miró y se fue a su cuarto. Esa noche, mamá me dijo que lo que yo había hecho era muy malo y que mi padre estaba muy triste. Pero yo sabía que era mentira y que mi padre quería engañarla.

Durante unos días me dejaron hacer todo lo que quería. Hasta correr sin zapatos por el patio. Yo sabía que tenían algún plan porque un día los oí hablando en la cocina de que iban a mandarme por un tiempo a casa de mi tía, en Camagüey. Mi padre decía que era todo por mi bien, que allá podía jugar todo lo que quisiera. Pero es que él estaba celoso porque sabía que mamá me quería más que a él. Yo me daba cuenta de que mi padre me odiaba. Y yo a él.

Tenía que hacer algo para que no me separara de mi madre y me senté a pensar debajo de la mata de mamónCILIO que está en el patio. Fue en eso cuando vi la bola.

No sé cómo llegó, pues nunca la había visto hasta ese momento. Era como de cristal y brillaba mucho y se movía a gran velocidad. Rodaba de un lugar a otro del patio, como buscando algo, y poco a poco se fue acercando al lugar donde yo estaba. Sin que se diera cuenta, me levante y corrí hasta el garaje. Sabía que papá tenía un jamo allí guardado para cuando iba a pescar, y con eso podría cazar la bola. No me fue muy difícil hacerlo.

Cuando regresé al patio lo hice muy despacito para no asustarla. Pude ver entonces que la bola también estaba cazando. En el tronco del mamoncillo estaba una lagartija con la cabeza para abajo. La bola se le acercaba brillando cada vez más y la lagartija sacaba y metía el pañuelito del cuello, pero no huía. No sé qué tiempo estuve mirando; lo único que

recuerdo es que de pronto la lagartija desapareció y la bola se quedó quietecita, poniéndose más grande y más chiquita, como si masticara, y hasta podía oír cómo partía los huesitos de la lagartija.

Cuando le eché el jamo por poco me lo arranca de la mano, pero lo aguanté bien duro y al poco rato dejó de brincar y de moverse. Al fin pude darle vuelta y la bola quedó en el fondo de la malla. Su luz subía y bajaba, por lo que me di cuenta de que estaba muy cansada, así que aproveché y corrí hasta la casa para esconderla.

Mi casa es una casa antigua que tiene un desván al que se sube por una escalerita de mano desde el segundo piso. Allí es donde se guardan las cosas viejas, y algunas veces, cuando mi padre está en la casa, yo me metía allí a jugar. Llevé la bola al desván y la puse en una caja vieja de zapatos, echándole primero un poco de algodón y algunos trapos para que estuviera cómoda. Como no sabía si tendría hambre todavía, bajé al patio y cogí dos o tres lagartijas. Cuando se las eché en la caja desaparecieron en la misma forma que la que ella había cazado. Entonces sentí una cosa muy rara dentro de la cabeza. Era como si me hablaran aunque no oía nada. Pensé que me estarían llamando y baje, pero mi padre y mi madre estaban conversando en la cocina y cuando entré se callaron. Mi madre se me acercó y me abrazó, preguntándome si no me aburría solo en casa. Yo le dije que no y por poco le cuento lo de la bola. Pero me contuve porque papá estaba delante y a lo mejor me rebotaba.

–¿No te gustaría ir a casa de tu tía por unos días? –me preguntó papá.

–No quiero ir a ningún lado. Estoy bien aquí.

Mamá me dijo que allí podría jugar con mis primos y montar a caballo y bañarme en el río. Le pregunté que si ella iría conmigo y me contestó que ella tenía que quedarse para cuidar a papá.

–Entonces no voy –le dije a mi padre.

–Tienes que ir porque tu madre y yo nos vamos de viaje.

Miré a mamá y me di cuenta que era verdad. Papá se Ha llevaba y quería quitarme de en medio. Salí corriendo pe la cocina y subí al desván. Tenía que hacer algo. No podía dejar que él me robara mi madre.

Cuando entré al desván lo primero que hice fue buscar la bola. No estaba en la caja de zapatos y pensé que se había escapado, pero entonces la vi en un rincón. Había crecido hasta casi el doble del tamaño que tenía cuando la dejé y me asusté mucho. Iba a salir corriendo cuando sentí lo mismo que un rato antes. Una cosa muy rara dentro de la cabeza. No sé por qué, pensé que aquello tenía que ver con la bola. Me acerqué a ella y me di cuenta de que me hablaba. No con palabras, sino con aquello que sentía dentro de la cabeza. Me dio las gracias por las lagartijas y me dijo que si no hubiera sido por mí se hubiera muerto de hambre, porque ya casi no le quedaban fuerzas para cazar. Venía desde muy lejos y se había perdido. No venía sola pero sus compañeras habían muerto al llegar aquí y ahora no sabía qué hacer. Le dije que si quería se podía quedar, que yo seguiría trayéndole lagartijas y podríamos ser amigos y jugar juntos.

Sentí una gran sensación de agradecimiento y de cariño de parte de aquella cosa y casi me olvidé de lo que había dicho papá. De pronto me acordé. ¿Qué haría mi bola mientras yo estuviera en casa de mi tía? Pensé que a lo mejor no volvía nunca y entonces no vería más a mi madre ni a mi bola. Ella pareció darse cuenta. Comenzó a brillar y a brillar que parecía que iba a estallar. Sentí la pregunta: "Por qué iban a mandarme lejos?" Era la primera vez que tenía alguien a quien contarle mis problemas. Le dije cómo mi padre quería robarme mi madre y cómo nunca creía nada de lo que yo decía. Ahora quería mandarme a casa de mi tía para que yo no lo estorbara y entonces no íbamos a poder jugar juntos ni yo le iba a poder traer lagartijas.

La bola pareció crecer más y más. Sentía dentro de mí el odio que crecía en la bola hacia mi padre. "Mátalo, mátalo, decía la bola dentro de mi cabeza. Parecía querer romperlo

todo. Se revolvía en el rincón y destrozaba, nada más que de tocarlos, los trapos y palos viejos que estaban a su alrededor. "Mátalo, mátalo", repetía. En eso oí que me llamaban. Le dije a la bola que volvería y bajé corriendo a la cocina, quitando antes la escalera que sube al desván.

Papá y mamá me esperaban muy sonrientes.

–Hemos pensado que es mejor que tú vengas con nosotros en el viaje –dijo papá.

Yo sabía que aquello era un truco para tranquilizarme. Seguramente iríamos los tres a Camagüey, pero una vez allí me dejarían en casa de mi tía y ellos se escaparían a otro lugar donde yo no pudiera encontrarlos. Pensé que era mejor seguirles la corriente. Miré a mamá y la vi muy sonriente. Comprendí que papá la había engañado por completo.

–¿Puedo llevar mi bola? –pregunté a papá.

–No te hará falta. Tus primos tienen toda clase de juguetes.

–Mi bola no es un juguete. Está viva. Mis padres se miraron y mamá bajó la cabeza, dejando de sonreír.

–Ya estás otra vez con tus mentiras –gritó papá. –No es mentira –dije llorando–. La encontré en el patio y le di lagartijas para que comiera y si me mandas para Camagüey te va a matar.

Cuando mamá oyó esto se levantó y le dijo a papá que me había puesto nervioso y que me dejara tranquilo, que a lo mejor había encontrado cualquier cosa en el patio y que ya se me pasaría. Papá dijo que sí, que a lo mejor era una tarántula o una cascabel, pero parecía más calmado.

–Está bien, puedes llevar tu bola –dijo.

Yo no podía creerlo. Mi padre sonreía y mamá estaba de lo más contenta.

–Ven a verla. La tengo en el desván.

Papá no se decidía, pero mamá le sonrió y le habló bajito:

–Bueno, vamos.

Subí corriendo las escaleras y esperé a papá en el segundo piso. Cuando lo vi venir y le miré a la cara, me di cuenta de que me había engañado otra vez. No creía en mi bola ni en nada. Lo estaba haciendo nada más que para engañar a mamá.

–Tú no crees en mi bola, ¿verdad?

–Sí, hijo, sí. De verdad.

"Bola, bola", pensaba yo, "no me cree, me ha engañado".

–¿Aquí? –preguntó, siguiendo su juego.

–No, en el desván. Sube –le dije–, allí está la escalera.

La apoyó contra la pared y subió. Yo lo seguí. En cuanto entró en el desván cerré la trampa que servía de puerta y quité la escalera, quedándome abajo. Oí cuando me llamaba, pero no contesté. Y entonces sentí a mi bola. La sentí como si fuera yo mismo. "Mátalo, mátalo", decía. Y corría por todo el desván y yo sentía cómo crecíamos los dos al mismo tiempo y brillábamos cada vez más y más. "Mátalo", decía la bola. Y mi padre gritando, pero los gritos no se oírían abajo. Y la bola y yo que sentíamos "Mátalo, mátalo y mátalo". De pronto supe que todo había terminado. Ya no me iría a Camagüey ni mi padre se llevaría a mamá. Bajé a la cocina y la encontré preparando la comida. Me preguntó por papá y le dije que en seguida venía. Le pedí ir al portal para mirar las estrellas.

Salimos y nos sentamos en el quicio como hacíamos siempre y entonces me enseñó las montañas y los barcos y los ríos que hay en el cielo.

–Mami –le dije–, mañana te voy a enseñar mi bola. Te va a gustar mucho.

Me abrazó, me dio un beso y me quedé dormido.

ECUADOR

Pablo Palacio

LA DOBLE Y ÚNICA MUJER

(Ha sido preciso que me adapte a una serie de expresiones difíciles que sólo puedo emplear yo, en mi caso particular. Son necesarias para explicar mis actitudes intelectuales y mis conformaciones naturales, que se presentan de manera extraordinaria, excepcionalmente, al revés de lo que sucede en la mayoría de los "animales que ríen").

Mi espalda, mi atrás, es, si nadie se opone, mi pecho de ella. Mi vientre está contrapuesto a mi vientre de ella. Tengo dos cabezas, cuatro brazos, cuatro senos, cuatro piernas, y me han dicho que mis columnas vertebrales, dos hasta la altura de los omóplatos, se unen allí para seguir –robustecida– hasta la región coxígea.

Yo-primerera soy menor que yo-segunda.

– (Aquí me permito, insistiendo en la aclaración hecha previamente, pedir perdón por todas las incorrecciones que cometeré. Incorrecciones que elevo a la consideración de los gramáticos con el objeto de que se sirvan modificar, para los posibles casos en que pueda repetirse el fenómeno, la muletilla de los pronombres personales, la conjugación de los verbos, los adjetivos posesivos y demostrativos, etc., todo en su parte pertinente. Creo que no está demás, asimismo, hacer extensiva esta petición a los moralistas, en el sentido de que se molesten alargando un poquito su moral; que me cubran y que me perdonen por el cúmulo de conveniencias atadas naturalmente a ciertos procedimientos que traen consigo las posiciones características que ocupó entre los seres únicos).

Digo esto porque yo-segunda soy evidentemente más débil, de cara y cuerpo más delgados, por ciertas manifestaciones que no declararé por delicadeza, inherentes al sexo, reveladoras de la afirmación que acabo de hacer; y porque yo-primerera voy para adelante, arrastrando a mi atrás, hábil en seguirme, y que me coloca, aunque inversamente, en una situación algo así como la de ciertas comunidades religiosas que se pasean por los corredores de sus conventos, después de las comidas, en dos filas, y dándose siempre las caras –siendo como soy, dos y una.

Debo explicar el origen de esta dirección que me colocó en adelante a la cabeza de yo - ella: fue la única divergencia entre mis opiniones que ahora, y sólo ahora, creo que me autoriza para hablar de mí como de nosotras, porque fue el momento aislado en que cada una, cuando estuvo apta para andar, quiso tomar por su lado. Ella –advírtase bien: la que hoy es yo-segunda– quería ir, por atavismo sin duda, como todos van, mirando hacia donde van; yo quería hacer lo mismo, ver a dónde iba, de lo que se suscitó un enérgico perneo, que tenía sólidas bases puesto que estábamos en la posición de los cuadrúpedos, y hasta nos ayudábamos con los brazos de manera que, casi sentadas como estábamos, con aquéllos al centro, ofrecimos un conjunto octópodo con dos voluntades y en equilibrio unos instantes debido a la tensión de fuerzas contrarias. Acabé por vencerla, levantándome fuertemente y arrastrándola, produciéndose entre nosotras, desde mi triunfo, una superioridad inequívoca de mi parte primera sobre mi segunda y formándose la unidad de que he hablado.

Pero no; es preciso sentar una modificación en mis conceptos, que, ahora caigo en ello, se han desarrollado así por liviandad en el razonamiento. Indudablemente, la explicación que he pensado dar a posteriores hechos, puede aplicarse también a lo referido; lo que aclarará perfectamente mi empecinamiento en designarme siempre de la manera en que

vengo haciéndolo: yo, y que desbaratará completamente la clasificación de los teratólogos, que han nominado a casos semejantes como monstruos dobles, y que se empecinan, a su vez, en hablar de éstos como si en cada caso fueran dos seres distintos, en plural, ellos. Los teratólogos sólo han atendido a la parte visible que origina una separación orgánica, aunque en verdad los puntos de contacto son infinitos; y no sólo de contacto, puesto que existen órganos indivisibles que sirven a la vez para la vida de la comunidad aparentemente establecida. Acaso la hipótesis de la doble personalidad, que me obligó antes a hablar de nosotras, tenga en este caso un valor parcial debido a que era ése el momento inicial en que iba a definirse el cuerpo directivo de esta vida visiblemente doble y complicada; pero en el fondo no lo tiene. Casi sólo le doy un interés expresivo, de palabras, que establece un contraste comprensible para los espíritus extraños, y que en vez de ir como prueba de que en un momento dado pudo existir en mí un doble aspecto volitivo, viene directamente a comprobar que existe dentro de este cuerpo doble un solo motor intelectual que da por resultado una perfecta unicidad en sus actitudes intelectuales.

En efecto: en el momento en que estaba apta para andar, y que fue precedido por los chispazos cerebrales "andar", idea nacida en mis dos cabezas, simultáneamente, aunque algo confusa por el desconocimiento práctico del hecho y que tendía sólo a la imitación de un fenómeno percibido en los demás, surgió en mi primer cerebro el mandato "Ir adelante"; "Ir adelante" se perfiló claro también en mi segundo cerebro y las partes correspondientes de mi cuerpo obedecieron a la sugestión cerebral que tentaba un desprendimiento, una separación de miembros. Este intento fue anulado por la superioridad física de yo - primera sobre yo - segunda y originó el aspecto analizado. He aquí la verdadera razón que apoya mi unicidad. Si los mandatos cerebrales hubieran sido; "Ir adelante" e "Ir atrás", entonces sí no existiría duda alguna acerca de mi dualidad, de la diferencia absoluta entre los procesos formativos de la idea de movimiento; pero esa igualdad anotada me coloca en el justo término de apreciación. Cuanto a la particularidad de que hayan existido en mí dos partes constitutivas que obedecieron a dos órganos independientes, no le doy sino el valor circunstancial que tiene, puesto que he desdeñado ya el criterio superficial que, de acuerdo con otros casos, me da una constitución plural. Desde ese momento yo-primeras, como superior, ordeno los actos, que son cumplidos sin réplica por yo - segunda. En el momento de una determinación o de un pensamiento, éstos surgen a la vez en mis dos cerebros; por ejemplo "Voy a pasear", y yo-primeras soy quien dirige el paseo y recojo con prioridad todas las sensaciones presentadas ante mí, sensaciones que comunico inmediatamente a yo-segunda. Igual sucede con las sensaciones recibidas por esta otra parte de mi ser. De manera que, al revés de lo que considero que sucede con los demás hombres, siempre tengo yo una comprensión, una recepción doble de los objetos. Les veo, casi a la vez, por los lados –cuando estoy en movimiento– y con respecto a lo inmóvil, me es fácil darme cuenta perfecta de su inmovilidad con sólo apresurar el paso de manera que yo-segunda contemple casi al mismo tiempo el objeto inmóvil. Si se trata de un paisaje, lo miro, sin moverme, de uno y otro lado, obteniendo así la más completa recepción de él, en todos sus aspectos. Yo no sé lo que sería de mí de estar constituida como la mayoría de los hombres; creo que me volvería loca, porque cuando cierro los ojos de yo-segunda o los de yo-primeras, tengo la sensación de que la parte del paisaje que no veo se mueve, salta, se viene contra mí y espero que al abrir los ojos lo encontraré totalmente cambiado. Además, la visión lateral me anonada: será como ver la vida por un huequito. Ya he dicho que mis pensamientos generales y voliciones aparecen simultáneamente en mis dos partes; cuando se trata de actos, de ejecución de mandatos, mi cerebro secundo calla, deja de estar en actividad, esperando la determinación del primero, de manera que se encuentra en condiciones idénticas a las de la garrafa vacía que hemos de llenar de agua o al papel blanco donde hemos de escribir. Pero en ciertos casos, especialmente cuando se trata de recuerdos,

mis cerebros ejercen funciones independientes, la mayor parte alternativas, y que siempre están determinadas, para la intensidad de aquéllos, por la prioridad en la recepción de las imágenes. En ocasiones estoy meditando acerca de tal o cual punto y llega un momento en que me urge un recuerdo, que seguramente, un rincón oscuro en nuestras evocaciones es lo que más martiriza nuestra vida intelectual, y, sin haber evocado mi desequilibrio, sólo por mi detenimiento vacilante en la asociación de ideas que sigo, mi boca posterior contesta en alta voz, iluminando la obscuridad repentina. Si se ha tratado de un sujeto borroso, por ejemplo, a quien he visto alguna vez, mi boca de ella contesta, más o menos: "¡Ah el señor Miller, aquel alemán con quien me encontré en casa de los Sánchez y que explicaba con entusiasmo el paralelogramo de las fuerzas aplicado a los choques de vehículos".

Lo que ha hecho afirmar a mis espectadores que existe en mí la dualidad que he refutado, ha sido principalmente, la propiedad que tengo de poder mantener conversación ya sea por uno u otro lado. Les ha engañado eso de lado. Si alguno se dirige a mi parte posterior, le contesto siempre con mi parte posterior, por educación y comodidad; lo mismo sucede con la otra. Y mientras la parte aparentemente pasiva trabaja igual que la activa, con el pensamiento. Cuando se dirigen a la vez a mis dos lados, casi nunca hablo por estos a la vez también, aunque me es posible debido a mi doble recepción; me cuido mucho de probables vacilaciones y no podría desarrollar dos pensamientos hondos, simultáneamente. La posibilidad a que me refiero sólo tiene que ver con los casos en que se trate de sensaciones y recuerdos, en los que experimento una especie de separación de mí misma, comparable con la de aquellos hombres que pueden conversar y escribir a la vez cosas distintas. Todo esto no quiere decir, pues, que yo sea dos. Las emociones, las sensaciones, los esfuerzos intelectivos de yo-segunda son los de yo-primer; lo mismo inversamente. Hay entre mí –primera vez que he escrito bien entre mí– un centro a donde afluyen y de donde refluyen todo el cúmulo de fenómenos espirituales, o materiales desconocidos, o anímicos, o como se quiera.

Verdaderamente, no sé cómo explicar la existencia de este centro, su posición en mi organismo y, en general, todo lo relacionado con mi psicología o metafísica, aunque esta palabra creo ha sido suprimida completamente, por ahora, del lenguaje filosófico. Esta dificultad, que de seguro no será allanada por nadie, sé que me va a traer el calificativo de desequilibrada porque a pesar de la distancia domina todavía la ingenua filosofía cartesiana, que pretende que para escuchar la verdad basta poner atención a las ideas claras que cada uno tiene dentro de sí, según más o menos lo explica cierto caballero francés; pero como me importa poco la opinión errada de los demás, tengo que decir lo que comprendo y lo que no comprendo de mí misma.

Ahora es necesario que apresure un poco esta narración, yendo a los hechos y dejando el especular para más tarde.

Unos pocos detalles acerca de mis padres, que fueron individuos ricos y por consiguiente nobles, bastará para aclarar el misterio de mi origen: mi madre era muy dada a lecturas perniciosas y generalmente novelescas; parece ser que después de mi concepción, su marido y mi padre viajó por motivos de salud. En el ínterin, un su amigo, médico, entabló estrechas relaciones con mi madre, claro que de honrada amistad, y como la pobrecilla estaba tan sola y aburrida, éste su amigo tenía que distraerla y la distraía con unos cuentos extraños que parece que impresionaron la maternidad de mi madre. A los cuentos añádate el examen de unas cuantas estampas que el médico le llevaba; de esas peligrosas estampas que dibujan algunos señores en estos últimos tiempos, dislocadas, absurdas, y que mientras ellos creen que dan la sensación de movimiento, sólo sirven para impresionar a las sencillas señoras que creen que existen en realidad mujeres como las dibujadas, con todo

su desequilibrio de músculos, estrabismos de ojos y más locuras. No son raros los casos en que los hijos pagan esas inclinaciones de los padres: una señora amiga mía fue madre de un gato. Ventajosamente, procuraré que mis relaciones no sean leídas por señoras que puedan estar en peligro de impresionarse y así estaré segura de no ser nunca causa de una repetición humana de mi caso. Pues, sucedió con mi madre, que, en cierto modo ayudada por aquel señor médico, llegó a creer tanto en la existencia de individuos extraños que poco a poco llegó a figurarse un fenómeno del que soy retrato, con el que se entretenía a veces, mirándolo, y se horrorizaba las más. En esos momentos gritaba y se le ponían los pelos de punta. (Todo esto se lo he oído después a ella misma en unos enormes interrogatorios que le hicieron el médico, el comisario y el obispo, quien naturalmente necesitaba conocer los antecedentes del suceso para poder darle la absolución.) Nací más o menos dentro del período normal, aunque no aseguro que fueran normales los sufrimientos por que tuvo que pasar mi pobre madre, no sólo durante el trance sino después, porque apenas me vieron, horrorizados, el médico y el ayudante, se lo contaron a mi padre, y éste, encolerizado, la insultó y le pegó, tal vez con la misma justicia, más o menos, que la que asiste a algunos maridos que maltratan a sus mujeres porque le dieron la hija en vez de un varón como querían.

Madre me tenía una cierta compasión insultante para mí, que era tan hija suya como podía haberlo sido una tipa igual a todas, de esas que nacen para hacer pucheritos con la boca, zapatear y coquetear. Padre, cuando me encontraba sola, me daba de puntapiés y corría; yo era capaz de matarlo al ver que a mis llantos, era de los primeros en ir a mi lado; acariciándome uno de los brazos, me preguntaba, con su voz hipócrita: "Qué es lo que te ha pasado hijita". Yo me callaba, no sé bien por qué; pero una vez no pude ya soportarlo y le contesté, queriendo latiguarlo con mi rabia: "Tú me pateaste en este momento y corriste, hipócrita." Pero como mi padre era un hombre serio, y aparentaba delante de todos quererme, y le habían visto entrar sorprendido, y, por último, merecía más crédito que yo, todos me miraron, abriendo mucho la boca y se vieron después las caras; un momento después, al retirarse, oí que mi padre dijo en voz baja: "Tendremos que mandar a esta pobre niña al Hospital; yo desconfío de que esté bien de la cabeza; el doctor me ha manifestado también sus dudas. Caramba, caramba, qué desgracia." Al oír esto, quedé absorta.

No me daba cuenta de lo que podía ser un Hospital; pero por el sentido de la frase comprendí que se trataba de algún lugar donde se recluía a los locos. La idea de separarme de mis padres no era para mí nada dolorosa; la habría aceptado más bien con placer, ya que contaba con el odio del uno y la compasión de la otra, que tal vez no era lo menos. Pero como no conocía el Hospicio, no sabía qué era lo preferible; éste se me presentaba algunas veces como amenazador, cuando encontraba en mi casa alguna comodidad o algún cariño entre los criados, que hacían que tomara ese ambiente como mío; pero en otras, ante la cara contraída de mi madre o una mirada envenenada de mi padre, deseaba ardientemente salir de aquella casa que me era tan hostil. Habría prevalecido en mí este deseo de no haber sorprendido una tarde entre los criados una conversación en la que se me compadecía, diciéndome a cada momento pobrecita y en la que descubrí además algunos espantables procedimientos de los guardianes de aquella casa, agrandado, sin duda, extraordinariamente, por la imaginación encogida y servil de los que hablaban. Los criados siempre están listos a figurarse las cosas más inverosímiles e imposibles. Decían que a todos los locos les azotaban, les bañaban con agua helada, les colgaban de los dedos de los pies, por tres días, en el vacío; lo que acabó por sobrecogerme. Fui lo más pronto que pude donde mi padre, a quien encontré discutiendo en alta voz con su mujer, me puse a llorar delante de él, diciéndole que seguramente me había equivocado el otro día y que debía haber sido otro el que me había maltratado, que yo le amaba y respetaba mucho y que me perdonase. Si lo habría podido hacer, me hubiera

arrodillado de buena gana para pedirselo, porque había alcanzado a observar que las súplicas, los lamentos y alguna que otra tontería, adquieren un carácter más grave y enternecedor en esa difícil posición; hombres y mujeres pudieran dar lo que se les pida, si se lo hace arrodillados, porque parece que esta actitud elevara a los concedentes a una altura igual a la de las santas imágenes en los altares, desde donde pueden derrochar favores sin mengua de su hacienda ni de su integridad. Al oírme, mi padre, no sé por qué me miró de una manera especial, entre furioso y amargado; se paró violentamente. Creo que vi humedecerse sus ojos. Al fin dijo, cogiéndose la cabeza: "Este demonio ya a acabar por matarme", y salió sin regresar a ver. Pensé que era ése el último momento de mi vida en aquella casa. Después de poco, oí un ruido extraordinario, seguido de movimiento de criados y algunos llantos. Me cogieron, y a pesar de mis pataleos me llevaron a mi dormitorio, donde me encerraron con llave, y no volví a ver a mi mas grande enemigo. Después de algún tiempo supe que se había suicidado, noticia que la recibí con gran alegría puesto que vino a comprobar una de las hipótesis dulces que contrapesaban y hacían balancear mi tranquilidad, en oposición a otras amargas anunciadoras de un cambio desgraciado en mi vida.

Cuando tuve 21 años me separé de mi madre que era entonces todavía mujer joven. Ella aparentó un gran dolor, que tal vez habría tenido algo de verdadero, puesto que mi separación representaba una notabilísima disminución de la fortuna que ella usufructuaba.

Con lo que me tocó en herencia me he instalado muy bien, y como no soy pesimista, de no haberme ocurrido la mortal desgracia que conoceréis más tarde, no habría desesperado de encontrar un buen partido.

Mi instalación fue de la más difíciles. Necesito una cantidad enorme de muebles especiales. Pero de todo lo que tengo, lo que más me impresiona son las sillas, que tienen algo de inerte y de humano, anchas, sin respaldo porque soy respaldo de mí misma, y que deben servir por uno y otro lado. Me impresionan porque yo formo parte del objeto "silla"; cuando está vacía, cuando no estoy en ella, nadie que la vea puede formarse una idea perfecta del mueblecito aquél, ancho, alargado, con brazos opuestos, y que parece que le faltara algo. Ese algo soy yo que, al sentarme, lleno un vacío que la idea "silla" tal como está formada vulgarmente había motivado en "mi silla": el respaldo, que se lo he puesto yo y que no podía tenerlo antes porque precisamente, casi siempre, la condición esencial para que un mueble mío sea mueble en el cerebro de los demás, es que forme yo parte de ese objeto que me sirve y que no puede tener en ningún momento vida íntegra e independiente.

Casi lo mismo sucede con las mesas de trabajo. Mis mesas de trabajo dan media vuelta – no activamente, se entiende, sino pasivamente–; así que su línea máxima es casi una semicircunferencia, algo achatada en sus partes opuestas: quiero decir que tiene la forma de una bala, perfilada, cuyo extremo anterior es una semicircunferencia. Una sintetización de la mitad del Mar Adriático, hacia el golfo de Venecia, creo que sería también sumamente parecida a la forma exterior de las tablas de mis mesas. El centro está recortado y vacío, en la misma forma que la ya descrita, de manera que allí puedo entrar yo y mi silla, y tener mesa por ambos lados. Claro que podía obviar la dificultad de estas innovaciones con sólo tener dos mesas, entre las cuales me colocaría; pero ha sido un capricho, que tiende a establecer mi unidad exterior magníficamente, ya que nadie puede decir: "Trabaja en mesas", sino "en una mesa". Y la posibilidad de que yo trabaje por un solo lado me pone en desequilibrio: no podría dejar vacío el frente de mi otro lado. Esto sería la dureza de corazón de una madre que teniendo un pan lo diera entero a uno de sus dos hijos.

Mi tocador es doble: no tengo necesidad de decir más, pues su uso en esta forma, es claramente comprensible.

La diversidad de mis muebles es causa del gran dolor que siento al no poder ir de visita. Sólo tengo una amiga que por tenerme con ella algunas veces ha mandado a confeccionar una de mis sillas. Mas, prefiriendo estar sola, se me ve por allí rara vez. No puedo soportar continuamente la situación absurda en que debo colocarme, siempre en medio de los visitantes, para que la visita sea de yo entera. Los otros, para comprender la forma exacta de mi presencia en una reunión, de sentarme como todos, deberían asistir a una de perfil y pensar en la curiosidad molesta de los contertulios.

Y este dolor es nada frente a otros. En especial mi amor a los niños acaba por hacerme llorar. Quisiera tener a alguno en mis brazos y hacerle reír con mis gracias. Pero ellos, apenas me acerco, gritan asustados y corren. Yo, defraudada, me quedo en ademán trágico. Creo que algunos novelistas han descrito este ademán en las escenas últimas de sus libros, cuando el protagonista, solo, en la ribera (casi nunca se acuerdan del muelle), contempla la separación del barco que se lleva una persona amiga o de la familia; más patético resulta eso cuando quien se va es la novia.

En casa de mi amiga de la silla conocí a un caballero alto y bien formado. Me miraba con especial atención. Este caballero debía ser motivo de la más aguda de mi crisis.

Diré pronto que estaba enamorada de él. Y como antes ya he explicado, este amor no podía surgir aisladamente en uno sólo de mis yos. Por mi manifiesta unicidad apareció a la vez en mis lados. Todos los fenómenos previos al amor, que aquí ya estarían demás, fueron apareciendo en ellos idénticamente. La lucha que se entabló entre mí es con facilidad imaginable. El mismo deseo de verlo y hablar con él era sentido por ambas partes, y como esto no era posible, según las alternativas, la una tenía celos de la otra. No sentía solamente celos, sino también, de parte de mi yo favorecido, un estado manifiesto de insatisfacción. Mientras yo - primera hablaba con él, me agujoneaba el deseo de yo - segunda, y como yo - primera no podía dejarlo, ese placer era un placer a medias con el remordimiento de no haber permitido que hablara con yo-segunda.

Las cosas no pasaron de eso porque no era posible que fueran a más. Mi amor con un hombre se presentaba de una manera especial. Pensaba yo en la posibilidad de algo más avanzado: un abrazo, un beso, y si era en lo primero venía enseguida a mi imaginación la manera cómo podía dar ese abrazo, con los brazos de yo - primera, mientras yo-segunda agitaría los suyos o los dejaría caer con un gesto inexpresable. Si era un beso, sentía anticipadamente la amargura de mi boca de ella.

Todos estos pensamientos, que eran de solidaridad, estaban acompañados por un odio invencible a mi segunda parte; pero el mismo odio era sentido por ésta contra mi primera. Era una confusión, una mezcla absurda, que me daba vueltas por el cerebro y me vaciaba los sesos.

Pero el punto máximo de mis pensamientos, a este respecto, era el más amargo... ¿Por qué no decirlo? Se me ocurrió que alguna vez podía llegar a la satisfacción de mi deseo. Esta sola enunciación da una idea clara de los razonamientos que me haría. ¿Quién yo debía satisfacer mi deseo, o mejor su parte de mi deseo? ¿En qué forma podía ocurrírseme su satisfacción? ¿En qué posición quedaría mi otra parte ardiente? ¿Qué haría esa parte, olvidada, congestionada por el mismo ataque de pasión, sentido con la misma intensidad, y con el vago estremecimiento de lo satisfecho en medio de lo enorme insatisfecho? Tal vez se entablaría una lucha, como en los comienzos de mi lucha, como en los comienzos de mi vida. Y vencería yo-primeras como más fuerte, pero al mismo tiempo me vencería a mí misma. Sería sólo un triunfo de prioridad, acompañado por aquella tortura.

Y no sólo debía meditar en eso, sino también en la probable actitud de él frente a mí, en mi lucha. Primero, ¿era posible para él sentir deseo de satisfacer mi deseo? Segundo, ¿esperaría que una de mis partes se brindase, o tendría determinada inclinación, que haría inútil la guerra de mis yos?

Yo - segunda tengo los ojos azules y la cara fina y blanca. Hay dulces sombras de pestañas.

Yo - primera tal vez soy menos bella. Las mismas facciones son endurecidas por el entrecejo y por la Boca imperiosa.

Pero de esto no podía deducir quién yo sería la preferida.

Mi amor era imposible, mucho más imposible que los casos novelados de un joven pobre y oscuro con una joven al vez había un pequeño resquicio, pero ¡era tan poco romántico! ¡Si se pudiera querer a dos!

En fin, que no volví a verlo. Pude dominarme haciendo un esfuerzo. Como él tampoco ha hecho por verme, he pensado después que todas mis inquietudes eran fantasías inútiles. Yo partía del hecho de que el me quisiera, y eso, en mis circunstancias parece un poco absurdo. Nadie puede quererme, porque me han obligado a cargar con éste mi fardo, mi sombra; me han obligado a cargarme mi duplicación.

No sé bien si debo rabiar por ella o si debo elogiarla. Al sentirme otra; al ver cosas que los hombres sin duda no pueden ver; al sufrir la influencia y el funcionamiento de un mecanismo complicado que no es posible que alguien conozca fuera de mí, creo que todo esto es admirable y que soy para los mediocres como un pequeño dios. Pero ciertas exigencias de la vida en común que irremediamente tengo que llevar y ciertas pasiones muy humanas que la naturaleza, al organizarme así, debió lógicamente suprimir o modificar, han hecho que más continuamente piense en lo contrario.

Naturalmente, esta organización distinta, trayéndome usos distintos, me ha obligado a aislarme casi por completo. A fuerza de costumbre y de soportar esta contrariedad, no siento absolutamente el principio social. Olvidando todas mis inquietudes me he hecho una solitaria.

Hace más o menos un mes, he sentido una insistente comezón en mis labios de ella. Luego apareció una manchita blancuzca, en el mismo sitio, que más tarde se convirtió en violácea; se agrandó, irritándose y sangrando.

Ha venido el médico y me ha hablado de proliferación de células, de neoformaciones. En fin, algo vago, pero que yo comprendo. El pobre habrá querido no impresionarme. ¿Qué me importa eso a mí, con la vida que llevo?

Si no fuera por esos dolores insistentes que siento en mis labios... En mis labios... bueno, ¡pero no son mis labios! Mis labios están aquí, adelante; puedo hablar libremente con ellos... ¿Y cómo es que siento los dolores de esos otros labios? Esta dualidad y esta unicidad al fin van a matarme. Una de mis partes envenena al todo. Esa Haga que se abre como una rosa y cuya sangre es absorbida por mi otro vientre irá comiéndose todo mi organismo. Desde que nací he tenido algo especial; he llevado en mi sangre gérmenes nocivos.

...Seguramente debo tener una sola alma... ¿Pero si después de muerta, mi alma va a ser así como mi cuerpo...? ¡Cómo quisiera no morir!

¿Y este cuerpo inverosímil, estas dos cabezas, estas cuatro piernas, esta proliferación reventada de los labios?

¡Uf!

EL SALVADOR

Álvaro Menén Desleal

MISIÓN CUMPLIDA

A Ray Bradbury, en Marte.

Para inaugurar la Exposición Mundial de Seattle (cuyo montaje requirió cinco laboriosos años y ochenta millones de dólares), el presidente Kennedy, quien se hallaba en Palm Beach, oprimió un manipulador telegráfico de oro. Esto activó una calculadora electrónica en Andover, Maine, la que a su vez enfocó un radiotelescopio sobre la remota estrella Casiopea A, situada a 96000 000000 000000 de kilómetros, para captar una onda que comenzó su viaje a 300000 kilómetros por segundo hace 10000 años.

Retransmitida a Seattle, la onda hizo funcionar ruidosas campanillas, encendió luces y provocó aclamaciones en el público. Un hombre lanzó 2000 globos inflados a helio, de un metro de diámetro, con letreros que decían "Seattle World's Fair 1962" y "See You in Seattle, los que se elevaron por sobre la ciudad desde las cercanías de la Aguja Espacial, iniciándose así la exposición.

10000 años (terrestres) tardó la onda en llegar de Casiopea A a la tierra. 10000 años (terrestres) después de ese día inaugural, cuando regresó la onda a su lugar de partida, alguien en Casiopea A llegó a cierta oficina y, cuadrándose respetuosamente frente a un amplió escritorio, dijo:

–Misión cumplida, señor.

El otro apenas levantó la vista de su periódico y dijo a su vez:

–¿La de hoy por la mañana?

–Sí, señor.

El del escritorio pareció satisfecho, y preguntó de nuevo:

–¿Sonaron las campanillas?

–Sonaron, señor. Y se soltaron los globos.

–¿Kennedy en Palm Beach... o como se llame?

–Sí, señor. Y la llave telegráfica de oro, como ordenó.

–¿Aclamaciones?

–Aclamaciones.

–Bien.

Luego, el señor continuó leyendo su periódico. Creyó haber olvidado algo y preguntó, con una deliciosa sonrisita picara, si había llegado a la Feria la bailarina "Little Egypt", especialista en la danza del vientre. El otro dijo que sí, dio la vuelta y se fue a su casa, para regresar por la tarde. Pero de todo esto hace ya tanto tiempo, que los ancianos de Casiopea A apenas guardan memoria de cuando lo oyeron narrar a sus abuelos.

18-VI-62.

Álvaro Menén Desleal

EL HOMBRE Y SU SOMBRA

La "Carta del Tiempo" número 116 correspondiente al año 1962, aparte de indicar que la humedad relativa a la fecha era de 90 por ciento y la presión atmosférica de 1011.0 milibaras (y otras cosas de igual jaez, como la temperatura, el crepúsculo civil, etc.), decía esto como algo de no mayor importancia:

Finalmente, hay que mencionar que tos días 16 y 17 de agosto, a las 12 horas y 4 minutos pasado meridiano, el sol, por segunda vez en este año, pe encuentra en el cénit y no proyecta sombra.

Fue un grave problema para Williams: Al salir de casa, pisó la calle pero no vio su sombra. Dedujo por eso que había muerto, y se echó a dormir.

Williams fue enterrado; mas su sombra, que conocía el fenómeno, pasa las horas del día sentada a la puerta del servicio Meteorológico, clamando por un cuerpo, y es gran molestia para los empleados.

13-VII-62.

HONDURAS

Oscar Acosta

LA BÚSQUEDA

Adolfo Gannet, famoso médico inglés del siglo pasado, tuvo una revelación maravillosa en su clínica de Londres: un enfermo le comunicó que había averiguado, en un sueño azul, que la muerte era solamente una infinita galería de retratos.

–Quien encuentre el suyo entre los millones de rostros desaparecidos –agregó el confidente–, podrá reencarnar.

Gannet murió en 1895, en Escocia. En su lecho final, el rostro le sonreía con el dulce misterio de quien espera emprender una gratisima búsqueda.

Oscar Acosta

EL REGRESIVO

Dios concedió a aquel ser una infinita gracia: permitir que el tiempo retrocediera en su cuerpo, en sus pensamientos y en sus acciones. A los setenta años, la edad en que debía morir, nació. Después de tener un carácter insoportable, pasó a una edad de sosiego que antecedió a aquella. El Creador lo decidiría así, me imagino, para demostrar que la vida no sólo puede realizarse en forma progresiva, sino alterándola, naciendo en la muerte y pereciendo en lo que nosotros llamamos origen sin dejar de ser en suma la misma existencia. A los cuarenta años el gozo de aquel ser no tuvo límites y se sintió en poder de todas sus facultades físicas y mentales. Las canas volviéronsele oscuras y sus pasos se hicieron más seguros. Después de esta edad, la sonrisa de aquel afortunado fue aclarándose a pesar de que se acercaba más a su inevitable desaparición, proceso que él parecía ignorar. Llegó a tener treinta años y se sintió apasionado, seguro de sí mismo y lleno de astucia. Luego veinte y se convirtió en un muchacho feroz e irresponsable. Transcurrieron otros cinco años y las lecturas y los juegos ocuparon sus horas, mientras las golosinas lo tentaban desde los escaparates. Durante ese lapso lo llegaba a ruborizar mas la inocente sonrisa de una colegiala, que una caída aparatosa en un parque público, un día domingo. De los diez a los cinco, la vida se le hizo cada vez más rápida y ya era un niño a quien vencía el sueño.

Aunque ese ser hubiera pensado escribir esta historia, no hubiera podido: letras y símbolos se le fueron borrando de la mente. Si hubiera querido contarla, para que el mundo se enterara de tan extraña disposición de nuestro Señor, las palabras hubieran acudido entonces a sus labios en la forma de un balbuceo.

Orlando Henríquez

NACIMIENTO ULTIMO

El zumbido de máquina que gira produce un malestar en todo mi ser. Sé que estoy girando yo mismo a una velocidad uniforme y veo, sin necesidad de usar los ojos corporales, refulgentes lucecitas de colores que se unen para explotar en un sonoro chisporroteo, convirtiéndose al final en un hermoso arco iris.

Giran y giran los colores y me siento sumergido en ellos, como parte de los mismos. Y lo más curioso es una continua picazón en la parte interna del cerebro, sin que encuentre medio posible de rascarme. Algo realmente muy extraño. Me parece también flotar en una especie de enorme masa líquida y para colmo el zumbido metálico se mantiene en tono prolongado, como un continuo aullido sin variante; todo ello me impide coordinar bien las ideas.

A pesar de todo, lo que me sucede me parece vagamente familiar. Incluso el olfato funciona maravillosamente, pues no me es difícil sentir la atmósfera impregnada de un fuerte olor a desinfectante, precisamente la clase que soy afecto a usar en mis experimentos.

Tengo ahora la impresión de haber dejado de girar y hace presa en mí la seguridad de estar rodeado de paredes de vidrio, tras las cuales noto perfectamente superficies blancas... blancas... Lo que no puedo explicarme es la naturaleza de esas también blancas sombras que pasan con velocidad vertiginosa, gigantescas, y que por breves momentos se inclinan sobre mí, como muros de tamaño colosal, emitiendo a veces sonidos tan terríficos que semejan un conjunto de truenos restallando uno tras otro.

Ignoro cómo he venido a parar aquí. No podría explicar lo que ha sucedido. Una de las pocas cosas que persiste en mi recuerdo es este profundo y lacerante dolor en mi cerebro.

Siento la impresión de que lo estuvieran cortando en partes infinitesimales con un bisturí electrónico. Claro que tal idea me hace reír –internamente, por supuesto– y me convence que no es más que exageración producida por la debilidad extrema que ha hecho presa de mi cuerpo entero, haciendo así que pierda la seriedad de científico, norma de todos los que nos dedicamos al estudio de la genética y de la cirugía aplicada a tal ciencia. Y al mencionar mi profesión no puedo menos que felicitar me de tener a mi lado, aprendiendo con tesón admirable, a un magnífico grupo de muchachos siempre hambrientos de saber y tan empapados en mis teorías que da gusto trabajar con ellos. Allí está Mario, por ejemplo, convertido a mi juicio en el más perfecto cirujano de cerebros; gracias a mis enseñanzas, y quien ha colaborado conmigo en demostrar que en determinada región cerebral se encuentra una minúscula zona en donde reside toda la sabiduría que un ser humano puede asimilar en toda su existencia y capaz de ser incrustada en otro que comience a formarse, valiéndose para ello de los genes apropiados. También está allí Renán, aventajado alumno con quien he logrado obtener, en mi laboratorio, el desarrollo de un óvulo humano fecundado, a quien previamente Mario y yo insertamos la microscópica partícula cerebral que con antelación habíamos seleccionado.

Infelizmente no hemos logrado todavía hacer sobrevivir el feto más allá de dos semanas, pero ya les he explicado que ello se debe a defectos mecánicos en la matriz artificial que hemos inventado; defectos que de acuerdo con mis nuevos diagramas no darán más problemas en nuestra próxima prueba, lo que hará posible el desarrollo de un

tipo de seres humanos producidos científicamente, formados desde su primera hasta la última etapa embrionaria en tubos de ensayo y matrices artificiales. Día llegará, de acuerdo con mis teorías, en que la parte microscópica de un cerebro intelectual potente, insertado dentro del óvulo ideal dará origen a una nueva raza de superhombres poseedores de capacidades intelectuales plenamente desarrolladas gracias a la acumulación de conocimientos prenatales heredados, que se conservarán potencialmente intactos y con capacidad de aumentarse con la más sorprendente precocidad.

...Este dolor infernal no desaparece... Ha disminuido un poco gracias al delicioso calorcito que desde hace un momento estoy sintiendo, pero no termina la impresión de tener mil bisturíes destrozándome el cerebro... Eso me hace recordar que la última vez en que estuve con mis alumnos, mientras diseccionábamos un cerebro humano, sentí una dolorosa punzada en el lado izquierdo de mi pecho, como si fuera una protesta del corazón cansado de palpar, y caí de bruces víctima de un desmayo. Cosas de la vejez. No recuerdo absolutamente nada de lo sucedido durante ese intervalo. Tengo apenas noción de una oscuridad completa. De una sensación de dejar de ser. Un vacío perfecto. Después... un raro conjunto de impresiones dolorosas imposibles de definir, acompañadas de zumbido de máquina, luces iridiscentes, sombras blancas moviéndose a mi lado y destacándose sobre un fondo también blanco.

...Ahora siento que de nuevo vuelven oleadas de sangre circulando con normalidad por todo mi cuerpo, como si estuviese transformándose mi ancianidad en repentina juventud...

No me explico la razón de no poder apartar de mis labios ese característico sabor a líquido amniótico del cual me encuentro saturado, quizá por tanto manipularlo día a día...

...Este mi nuevo vigor me empuja a hacer algo... ¡A trabajar! A trabajar de nuevo en busca del sueño dorado de la humanidad: el humano cerebro superdotado, con sabiduría heredada, hijo de tubos de ensayo y probetas algún día alguien habrá de triunfar...

He intentado incorporarme y no puedo. Trataré de sumirme en el torbellino de mis ideas... Recordar a Mario y su bisturí... Renán y los óvulos fecundados... centrífugas y matrices plásticas... Aunque quizá preferible es no pensar y optar por dormir... Así dormido dejaré de sentir ese dolor que lacera... ese dolor inmenso y situado allí en el sitio en donde el cerebro acumula el tesoro de sus conocimientos... Además: ¿Qué me importa el resto del mundo si aquí puedo reposar largamente? ...A dormir ... Nueve meses pasan ligero.

MÉXICO

René Avilés Fabila

HACIA EL FIN DEL MUNDO

a Ernesto de la Torre V.

Motines al agotarse los boletos de fútbol.
Noticia periodística

Este mundo es hoy una casa de locos donde los individuos exageran su superioridad facial, su orgullo religioso y su egoísmo nacional y se convierten así en metimos de una ceguera moral y espiritual.

SARVEPALLI RADHAKRISHAN

Noviembre 15:

Se acaba de publicar un folleto titulado De cómo terminar la guerra. En él proponen sus autores (ex miembros de la Corte Internacional de Justicia), después de varios considerandos, que se dé el triunfo al bloque correspondiente al país que hizo más tantos en el juego que ocasionó la guerra o, por lo menos, que éste se repita en cancha neutral, arbitrado por delegaciones de ambos bandos. El texto es convincente. Pero parece que ni las potencias ni el resto de las naciones beligerantes (se incluye hasta a las que por carecer de ejércitos se vieron obligadas a enviar policías y voluntarios) se han interesado por esa solución. Bien visto el caso, tampoco les importan soluciones más inteligentes, y menos aquellas que intenten resolver en forma pacífica el conflicto (es curioso notar que otro folleto: Ampliación del recurso a la guerra, abundante en material gráfico, se estudia con mayor entusiasmo). Principalmente les interesa acabar pronto y en definitiva con sus adversarios. Y como la victoria no prospera en ningún frente del mundo, se han formado poderosas corrientes de opinión en los círculos dirigentes de los dos bloques pidiendo el uso de las bombas atómicas y de las de hidrógeno, que tienen funciones exactas y que por lo mismo deben utilizarse inmediatamente. Por esta razón, las personas con desafortunada mentalidad pacifista (y ahora un tanto antideportiva), esperan temerosas que los cohetes surquen el espacio, se levanten grandiosos los hongos y las radiaciones se esparzan eficazmente por todo el planeta.

Probar si aún cabía un alfiler en el estadio resultaba absurdo. Los ánimos se hallaban al borde de la explosión. En ambos países la angustia casi se podía sentir: se solidificó y el viento jugaba irrespetuoso con ella. Los habitantes aguardaban ansiosos el partido de fútbol que, sin lugar a dudas, daría la respuesta a la incógnita de quién era superior.

Noviembre 16:

Tarea ardua para una minoría cada vez más restringida de pacifistas ha sido, desde luego, la de buscar la paz. ¿Cómo buscarla si a ciencia cierta las motivaciones reales de la conflagración permanecen ignoradas? Sólo puede decirse que a la luz del conflicto se

vislumbran los deseos del género humano. Y en tanto marcha inexorablemente hacia su destrucción, una encuesta realizada entre los Estados ha logrado la clasificación rigurosa de las guerras. Encabezándola quedó la justa con su correspondiente polarización: la injusta; en seguida viene la guerra fría, con sus distintos grados de temperatura y continúa la de guerrillas, la de contraguerrillas, la escalada, la limitada, la total, la bacteriológica, la química, la aérea, la terrestre, la marina, la submarina, la santa, la atómica, la húmeda, la civil, y otras que sería engorroso enumerar. Es digno añadir que cada una tiene su respectiva acotación. A la actual también se le ha dado denominación y tomando en cuenta su origen deportivo, se le conoce como guerra olímpica o más propiamente: olimpiada bélica.

Los satélites artificiales, pese a pertenecer a uno y otro bando, no interrumpieron sus transmisiones por todo el orbe. Y los periódicos reservaban las primeras planas para difundir la noticia crucial: el resultado de la lucha deportiva. En el escenario mismo los contendientes se mostraban nerviosos y la agresividad adquiría silueta y proyectaba sombra. Los gobiernos tampoco dejaron de calcular riesgos: cerebros electrónicos analizaban las posibilidades de triunfo; mas en tales casos nadie creyó en la certeza de los fallos emitidos por las máquinas (y con razón: eran diversos, contradictorios, y en el mejor de los resultados vaticinaban la victoria para el mejor, vieja costumbre humana adoptada por la cibernética). Por otro lado, no había ya tiempo para conjeturas: el silbato marcó el principio de la segunda parte del encuentro futbolístico entre las selecciones de los países del joven continente, disputando la Copa of América.

Noviembre 17:

Tanto publicistas como expertos en cuestiones militares no aciertan en responder a la consulta que la ONU les ha formulado. En realidad se complica mucho dar una respuesta sobre lo que ocurre. Y más difícil será dar una solución sin lesionar los intereses de todos los pueblos. En vano se buscan antecedentes: los tratados, la costumbre y el mismo Derecho Internacional no prevén estos casos; y recurrir a algún organismo mundial de paz carece de sentido, ya que dentro de ellos cunde la división y sus miembros discuten acaloradamente, propinándose golpes cuando las palabras sobran. Únicamente es del dominio público que al propagarse las primeras noticias de las hostilidades, las potencias A y B expidieron boletines de prensa en los qua comunicaban al mundo su decisión de ayudar moral y bélicamente al país de sus simpatías. Siguiendo a las citadas potencias, diversos Estados –repúblicas, monarquías, dictaduras, principados y uno que otro lugar que se conservaba sin control por obvias razones anarquistas– realizaron preparativos militares y la antigua contienda entre un par de pueblos latinoamericanos se tornó mundial.

El tiro de castigo fue ejecutado hábilmente y el balón se incrustó en las mallas ante el desconcierto del guardameta y el griterío de los aficionados, que indistintamente aplaudían el gol y ahuchaban al arbitro. Como la discusión sobre la validez del penalty no condujo a ningún lado, los jugadores se trenzaron en una formidable pelea. Uno pateó a otro y otro a otro y todos se patearon con deportiva insistencia. Apenas se le ocurrió al arbitro suspender el partido, el público participó en la pugna. La policía tuvo que disparar y gasear a diestra y siniestra (aunque se sabe de buena fuente que sus balazos iban apuntados a quienes gritaban contra su equipo favorito). Aquello fue una matanza espantosa. El único cadáver que se logró identificar fue el del arbitro, quien tenía el silbato en la faringe. Saldo negativo: casi mil muertos; positivo: el doble de heridos; balance desfavorable a la parca.

Primera Antología De La Ciencia-Ficción Latinoamericana

El gobierno del país donde fue la justa, culpó de la masacre a los jugadores visitantes (en realidad fue porque iban ganando), dio órdenes precisas de fusilar en el acto a los que sobrevivieron al linchamiento, alegando que eso significa casus belli. Y para evitar mayores complicaciones internas, impuso toque de queda, se suspendieron las garantías y fueron llamados a filas los reservistas. Mientras, el Congreso del Estado que había enviado a sus deportistas, declaró la guerra por lesiones a la dignidad patria (quema de sus banderines), pérdida de la integridad nacional (once futbolistas, un entrenador y un médico menos) e insultos y violaciones al honor de la república (malas palabras y expresiones unilaterales). Las misiones diplomáticas regresaron de sus respectivas sedes y ambos países movilizaron sus pertrechados ejércitos con rapidez, a la manera clásica de una Blitzkrieg subdesarrollada.

Noviembre 18:

Por tan atroz guerra mundial, los economistas culpan al bajo ingreso per cápita de los habitantes de los países que la iniciaron; los sociólogos la atribuyen a la dualidad de sus sociedades; los atletas acusan a la carencia de espíritu deportivo y caballerosidad en las canchas; los juristas señalan violaciones al Derecho; los filósofos ven la causa en el nacionalismo exaltado; los teólogos esgrimen la falta de fe y amor; los sicólogos dicen que la provocó el temperamento latino. Sea lo que fuere, la guerra está ahí: diezmando a la población del orbe –sin fijarse en el credo político o religioso o en el color–, convertida en termonuclear, definitivamente.

PERÚ

José Adolph

TESIS

El profesor Locust tomó asiento frente a Andros y le palmeó cariñosamente el hombro izquierdo.

"Muy bien", dijo. "Infórmeme ahora con exactitud y precisión de su hallazgo".

Andros tomó su libreta de apuntes y echó una mirada a lo anotado.

"En cincuentidós mil ochocientas dos horas universales ingresará el cometa en la esfera de influencia de este sistema. Según la medida cronológica del planeta en cuestión eso significaba 258 días".

Escuchábamos tensos las palabras de Andros. El era el último en terminar su trabajo de investigación. Luego del informe de Andros regresaríamos a entregar nuestras tesis a la Universidad. El doctorado estaba a la vista. Había sido una buena expedición. Mentalmente pasamos revista a cada uno de nuestros trabajos, que a menudo habían sido acompañados de escenas verdaderamente emocionantes. En el fondo Locust estaba satisfecho de nosotros, así como de los resultados de nuestras intervenciones. Andros, su favorito, además de ser el último, por lo visto iba a ser también el único que sería autorizado a tomar medidas personales de intervención. Para algo era el tipo de alumno que lleva frutas al pupitre del profesor.

El planeta en referencia", prosiguió Andros, "pertenece a la clase V. Esto significa, según la escala de Vandor, que existe una inteligencia desarrollable. Se ejerce la agricultura y el transporte, así como algunos trabajos artesanales".

Era insufrible cuando relataba, pero Locust estaba encantado.

"Cultura y religión", preguntó.

"En general primitivas, prenivel 3. Aunque existe un grupo que empieza a desarrollar características monoteístas. Existe media docena de pequeñas ciudades, la más grande de las cuales registra unos cinco mil habitantes".

"¿Qué consecuencias tendrá el paso del cometa?"

"Debido a las enormes existencias de agua, puede esperarse un desastre, particularmente en el sector, muy bajo y plano, en el que se ha establecido la cultura monoteísta. Grandes inundaciones son de esperar, así como tremendas precipitaciones debido al recalentamiento del aire y del agua".

"¿Qué medidas propondría usted?"

"A mi modo de ver, una evacuación no corresponde al caso, ya que no pueden predeterminarse con certeza los lugares absolutamente seguros. Las regiones altas también serán afectadas por las precipitaciones. Una evacuación, para el prenivel 3, sería demasiado arriesgada, y, además, encontraría resistencia".

"¿Entonces?"

"Por tal motivo, yo propondría la solución que menciona el profesor Klander en sus "Indicaciones Generales", capítulo 'Catástrofes Hidrológicas'.

"Precise usted".

"La solución b)"

Locust sonrió. Conocíamos esa sonrisa. Significaba aprobación.

"Bien", dijo. "Enviaremos los resultados de su trabajo y sus propuestas a la universidad. Déme también sus apuntes. Espero que contendrán los detalles específicos".

"Naturalmente, profesor".

"Y ustedes, damas y caballeros", dijo Locust, con un amplio gesto que nos incluía a todos, "pueden ahora dedicarse a su party".

Una palabra clave. Mesas y sillas plegadas, los ojos de buey de la nave cerrados y encendida la iluminación de las grandes ocasiones. La fiesta fue sumamente alegre –había sido un agotador período de trabajo– y la noche pasó con gran rapidez.

A la madrugada retornaron los papeles de Andros, a través del facsimilador. Estaban aprobados y ostentaban el sello del rector. Brindamos y seguimos bailando hasta el amanecer.

Al día siguiente comenzara los preparativos para el plan de Andros. Como es de rigor, esperamos un momento propicio, cuando el territorio en cuestión estuviera cubierto de nubosidad baja. Teníamos la ventaja de poder atravesar las nubes con nuestros instrumentos.

Debajo nuestro se extendían los amplios y pacíficos campos utilizados por la cultura monoteísta para apacentar su ganado. Algunos campesinos trabajaban bajo una fina llovizna. Era un cuadro como lo habíamos visto ya decenas de veces, y, a pesar de ello, siempre nos inducía una sensación de extraño respeto el ser testigo del nacimiento de una civilización. No sé qué pensarían los demás, pero para mí este mundo, como los anteriores, era algo sagrado y hermoso. En un viaje de estudios como éste, uno descubría que no hay principio ni fin en la misteriosa cadena de la vida. Las culturas nacían, se desarrollaban y fundían unas con otras para luego intentar el gran salto universo. Muchas morían antes de lograrlo. Esto suele suceder, como consta en los textos que estudiamos al comenzar el curso, cuando el desarrollo social se retrasa frente al técnico, cuando la cultura es ahogada por la civilización. Hubo casos como el de... pero dejemos eso. El mundo bajo nosotros aún no conocía esos problemas. Ya llegaría el día en que se abriría ante él la encrucijada clásica. Nadie podría entonces ayudarle: al igual que una oruga que pugna por convertirse en mariposa, estaría obligado a resolver sus problemas solo o a hundirse.

El plan de Andros estaba totalmente adaptado a este inundo. Nos dirigiríamos al cacique de esta tribu y le daríamos nuestras instrucciones. El resto era asunto de ellos.

Nos era favorable el hecho de que últimamente habían aumentado las incursiones de piratería contra las gentes de la cultura superior. Eso nos serviría de clave.

Descubrimos al viejo cuando se dirigía a su choza.

Conectamos el altoparlante y Andros comenzó a hablar con su voz fuerte y juvenil, sin dejar de ser solemne. Sus primeras palabras resonaron sobre los campos:

"Él fin de toda carne ha venido delante de mí, porque la tierra está llena de violencia... Hazte un arca de madera de Gofer..."

Nunca olvidaré la cara asustada pero reverente del viejo cacique. Cayó de rodillas, entre su intranquilo ganado, y escuchó, con la arrugada faz vuelta hacia el cielo:

"...Y de esta manera la harás: de trescientos codos de longitud, de cincuenta codos de anchura, y de treinta coitos de altura."

Eugenio Alarco

LA MAGIA DE LOS MUNDOS

¿De modo que estos trajes en que los hombres se envuelven encierran tantos portentos y virtudes? ¿Y cómo? ¿Y dónde? Son cual un sutil tejido que se adhiere al cuerpo; es la verdadera epidermis, de asombrosos brillos y matices, y el cruce de las galerías o de los cielos, en que pululan los hombres, ofrece así tina maravillosa visión-calidoscópica. Mas ¿puede haber potencia tal encerrada en imperceptibles mecanismos? ¿Acaso como en aquellos mares, en que una micrométrica gota contiene milagros de organizada potencia? Por eso, quizás, decía él que se ha dormido a la máquina; se ha humillado, reduciéndola al nacer entrega insostenible de sus ocultos ímpetus, cual si poseyéramos invisibles criados a nuestro servicio. Es admirable; pero, como siempre, el dominio consciente de las tuerzas es flamígero regalo para las combustibles ánimas; humanas.

—¡Néstor!

Era una voz de suavidad memorable. Y entre el tropel de voladores inmortales que recorrían la galería vio él sonriente rostro conocido.

—¡El hada, Pandora; el hada!

—¿Hada? ¡Nada de eso! Es Crisálida, la que arrulló tu despertar.

—¡Néstor, hijo mío! ¡Qué bien! ¡Qué alegría! ¡Y ya hablas como nosotros! ¡Y ya vuelas! Lo sabía, pero tan distinto es verte.

—Me diste la vida, Crisálida; me viste nacer. Gracias. La primera mujer de los nuevos mundos a quien vi; toda suavidad y caricias, toda belleza.

—¿Adonde vais? —dijo ella, viendo en Pandora aires de mohindad.

—Viene de las lagunas caliclanas.

—¡bamos en busca de saludables brisas.

—Venid antes conmigo. Ven, Néstor. Tal vez no regreses por acá pronto. Ya que te interesan estos reinos voy a mostrarte algo, que está al paso. Mecanismos de la vida, acumulados, con los que yo de continuo opero.

Se desviaron luego del torrente humano, penetraron por entrecruzados espacios, atravesaron bosques fantasmas, prados sumergidos en cálidas luces, y pasaban sin tropiezo por entre árboles, infrutescencias y follajes. Al fin penetraron en unas grutas cuyo acceso pareció de improviso abrirse entre las brumas luminosas al acercarse ellos. Por dentro reinaba la misteriosa quietud; sintieron sumidos en narcotizadores vahos. Al principio nada veíase entre la densa obscuridad; luego entrevieron abajo una charca, llena como de serpientes flotadoras, que se movían lentamente; serpientes o moluscos de círculos blancos y manchas negras o pardas o azules o verdosas, todos agrupados por colores, en progresiva escala de cromatismo. Eran como los ojos del estanque, que anduvieran errantes, buscando con mil pupilas qué mirar en las penumbras.

Siguieron hacia otra no menos lóbrega caverna, que también tenía una charca en que flotaban y se estremecían carnosos y rojizos animales, sin patas ni cabeza, de cuerpo irregular y retorcido. Así sucedieron luego cuevas y lagunas, de variadas formas y tamaños, hundidas en diversas luces pálidas. Eran ya los pergaminos sembrados de tupida y larga pelambre negra, roja, dorada o castaña, o simples líquidos de colores verdinos, transparentes o sanguinosos. O las extrañas y tortuosas formas grises, amoratabas o parduscas.

Una mezcla de aprensión y repugnancia cosquilleaba las entrañas de Néstor. Tenía deseos de preguntar qué era esto y cómo y para qué podían los inmortales criar aberrados seres de tan horrible figura, pero Crisálida hacía señas de que debían avanzar quietamente. Cuando al fin emergieron hacia la pureza de las luces, sintieron que los cuerpos parecían salir también de un estado de semisomnolencia o depresión. El aire tornóse puro, el ambiente lleno de suavidades.

–¡Horror, Crisálida! ¿Qué monstruosos seres nos mostraste?

–No puede haber horror en los componentes del hombre. Habéis visto ojos, corazones, cabelleras, diversos haces musculares, sangre, vísceras, variados jugos, humores. Allí conservamos vivientes a unos y frescos a otros. Los utilizamos para reemplazar los que en los seres se destruyen o dañan.

–¡Qué horrible suplantación, oh Crisálida! ¿Cómo podéis así desvirtuar los sentidos auténticos de la vida? Confío en que en nuestra reviviscencia no los habréis empleado.

–Nada substancial, pues habíais mantenido vuestra integridad.

–Pero si vosotros no morís, ¿de dónde obtenéis todo esto?

–No debemos morir, pero hay muertes eventuales, por errores o descuidos. Mueren los seres, pero sus órganos o algunos de ellos siguen viviendo. Los recogemos, separamos y conservamos vivientes hasta necesitarlos.

–¡Qué abominación, qué ruindad! En mis tiempos tales mutilaciones sólo hacíanlas hienas, buitres o antropófagos.

– Tu época, Néstor, revolviase impotente entre milenarios prejuicios que deformaban los sentidos de la vida. No olvides que es común yerro nos parezcan espantosos los medios con que se crean los bienes perdurables. El brillo de la verdad suele desfigurar las cosas o hacerlas confundirse con las que falsamente relucen. Tengo que irme ahora. Me llaman. Te habré de ver otras veces. Quisiera enseñarte las maravillas de las microestructuras, para que comprendas cuánto hemos aprendido y aún podemos aprender de lo pequeño. Nada lo es tanto que no pueda encerrar portentos. Allí verás los más diminutos entes que conocemos, formando la viviente contextura de células o infusorios. Y los verás, grandes y hermosos, o monstruosos y abominables, con todos sus suaves movimientos, deslizarse con solemnidad, jugar, comer, hacerse el amor y reproducirse. ¡Y de tan variadas formas o costumbres! Allí podrás admirar la espléndida organización de las minúsculas partículas de materia, exponiendo su inagotable fuerza en las ordenaciones, evoluciones y permanentes ritmos y expresándose tanto en canturreos asombrosos como en insospechadas policromías. Y también verás seres de toda naturaleza, traídos de lejanísimos mundos, desde los confines del universo. Te he de mostrar todo eso, Néstor. Hasta otra vez. Ven a buscarme. Adiós.

Y se fue, dejando flotar entre ellos su perfume de nardo.